

La iglesia local

Dr. Gerald Nyenhuis Hendrichse



Fundación
Gerald Nyenhuis
www.geraldnyenhuis.org

Derechos reservados 2010

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 1

Lectura bíblica: Efesios 1:15-23

INTRODUCCIÓN

Empezamos hoy una nueva serie de lecciones. Debido a que una de nuestras tareas como Iglesia es la de ser iglesia, debemos saber lo que es la Iglesia. La Biblia contiene mucha información sobre el asunto y en base a ella los teólogos han escrito muchos y gruesos tomos sobre la Iglesia. Y, desde luego, muchos de ellos son dignos de ser leídos. En estas lecciones no vamos a hacer un estudio tan profundo, ni pretendemos hacer un estudio exhaustivo del tema. Vamos a hablar solamente de la Iglesia local, o sea, la manifestación de la Iglesia en sus congregaciones particulares, a fin de que podamos poner en práctica lo que aprendamos.

La base de nuestro estudio, desde luego, es la Biblia. Lo que ella nos dice es la autoridad máxima, ya que es la Palabra de Dios. Dios mismo nos habla y nos instruye en ella. Como Iglesia Presbiteriana hemos dicho que creemos que los credos que hemos adoptado como nuestros --o sea, los credos ecuménicos (Apostólico, Niceno, Atanasio) y los credos de la Reforma religiosa del siglo XVI, especialmente los Catecismos de Westminster y de Heidelberg y la Confesión de Fe de Westminster-- resumen correctamente las enseñanzas de las Escrituras, y, aunque no están al mismo nivel que la Biblia ni son del mismo valor, son dignos de guiar nuestro pensamiento. Usamos también la Constitución de la Iglesia Presbiteriana, que es un convenio entre Iglesias de cómo nos vamos a gobernar. Representa el concepto presbiteriano del gobierno de la Iglesia. Es precisamente un convenio; no tiene la autoridad de la Biblia, ni aun la de los Credos, pero sí representa nuestra solemne palabra que hemos empeñado en convenio con otras Iglesias. Representa la experiencia de la historia y la sabiduría de nuestros hermanos. La tenemos que tomar en serio.

UN ASUNTO VITAL

La Iglesia local es una institución especial que Dios Todopoderoso ha creado en este mundo perverso y rebelde para glorificar a nuestro Redentor Jesucristo. Es una creación de la Palabra. Donde está la Iglesia está (o estuvo) la Palabra. Las Iglesias no se crean a sí mismas; son producto de la Palabra. Es menester que haya Palabra para que haya Iglesia.

El mundo sigue a Satanás. Su maldad, su perversidad y su influencia se ven y se sienten en todas las instituciones humanas, aun en la Iglesia, aunque ella pertenece a Cristo y existe para servirle. La Iglesia, por ende, existe en un ambiente hostil y adverso, y este ambiente ha penetrado en ella, más de lo que ella misma se da cuenta. Pero la Iglesia tiene que resistir a esta penetración y exaltar el glorioso Nombre de Jesucristo en las circunstancias antagónicas. Para entender a la Iglesia tenemos que considerar las dos cosas: (1) que es una creación especial de Dios, y (2) que existe en un ambiente hostil.

La Iglesia tiene que anunciar en la tierra las virtudes de Aquél que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (*I Pedro 2:9*). Los ángeles y los santos glorificados lo hacen en el cielo, pero la Iglesia tiene que realizar sus quehaceres en la tierra. Es aquí, en este globo terrestre, donde la Iglesia tiene que rendirle culto y servicio, las dos cosas. Estos dos aspectos de la tarea de la Iglesia --culto y servicio-- están relacionados, pero no son lo mismo, y no debemos confundirlos. Sin embargo, ambos son encomendados a la Iglesia en la tierra.

Quedamos maravillados al contemplar el privilegio que Dios concedió a su pueblo en la tierra. Cuando lleguemos a la gloria eterna, sin duda, le alabaremos en gratitud por ello. Mientras que estemos aquí, entonces, debemos esforzarnos todo lo posible para cumplir con el encargo que tenemos. Para hacerlo tenemos que vivir obedientes a su Palabra, mas para lograrlo tenemos que saber lo que dice. Ciertamente, si una Iglesia, en su vida y en su actividad, descuida las instrucciones de las Escrituras, por ignorancia o por desobediencia, no cumplirá con su alto llamamiento. Tiene que escudriñar las Escrituras para conocer la mente de Dios en cuanto a su ser y su quehacer

Debemos entender también que la Iglesia, y cada Iglesia local, es un instrumento especial para promover el Reino de Cristo en el mundo. Toda la actividad de la Iglesia --los cultos, la obra misionera, la evangelización, la educación, las obras de misericordia, las organizaciones y la vida social-- debe orientarse alrededor de esta verdad. Los predicadores, los evangelistas y los otros oficiales que trabajan en ella tienen que considerar su llamamiento dentro de la vocación de la Iglesia. La congregación local debe ser el ambiente sano dentro del cual desarrollen su ministerio. Todo esto hace énfasis sobre la importancia vital de que la Iglesia local se mantenga de acuerdo con las enseñanzas de la Palabra de su Señor.

No nos sorprende, entonces, que la Iglesia local sea blanco especial de Satanás (y de su gente). Odia a la Iglesia y a todos los que forman parte de ella. Su preocupación especial es hacerle daño y destruir su capacidad de cumplir con su tarea. Quiere su destrucción total. No solamente quiere dañar el testimonio de los creyentes individualmente; más aún quiere estorbar el desarrollo de la Iglesia, porque ella es la encargada de la obra de Dios en el mundo. Cuando un creyente cae en la tentación y se rinde a ella, es una parte importante del daño que causa a la Iglesia, haciendo más difícil que cumpla con su comisión.

Cuando una Iglesia pierde su buen testimonio, si se desintegra, o si se sale de la verdad, el daño que causa es incalculable. Existen lugares que están cerrados al evangelio por el mal testimonio de una Iglesia local que no fue fiel a su cometido. Pero, también es verdad: que cuando una Iglesia local es fiel, cuando vive y actúa de acuerdo con las enseñanzas de las Escrituras, cuando sirve a su Señor de todo corazón, esta Iglesia es una potencia, también incalculable, para el bien. Una Iglesia fiel es algo bello y causa admiración en el mundo. Esta Iglesia mostrará al mundo que por el poder de Dios, por medio de su Palabra, el ser invencible es una característica de la Iglesia. La Iglesia fiel sentirá los ataques de Satanás, tendrá pruebas y problemas, algunos fuertes (de los que llamamos "gruesos"), pero también, y esto es más, sentirá la presencia de su Dios y su poder; asimismo experimentará su bendición.

LA NATURALEZA DE LA IGLESIA LOCAL

Antes de entrar en el asunto de cómo el Señor quiere que conduzcamos los asuntos de la Iglesia local, tenemos que descubrir lo que las Escrituras nos enseñan acerca de la Iglesia misma. Hay mucha confusión sobre este asunto en nuestros días. No solamente hay asociaciones religiosas (mal llamadas iglesias) que no siguen las pautas bíblicas, sino que se modelan de acuerdo con alguna organización humana, el imperio romano, por ejemplo, u otro tipo de gobierno secular, o un club u otro organismo social. También hay muchas instituciones cristianas, organizadas para cumplir con propósitos especiales, muchos de ellos muy loables y necesarios, que no son Iglesias, ni pretenden serlo, pero que sí presentan cierto modelo a la mente popular acerca de lo que la Iglesia es.

Consecuentemente, algunas personas tienen el punto de vista de que la Iglesia es una asociación de creyentes, con espíritus e intereses afines, quienes manejan sus asuntos democráticamente, y cada uno tiene igual derecho para manejar los asuntos de la organización. En estas asociaciones no hay ley superior a la voluntad de la colectividad y no hay propósito más allá del que el grupo propone para sí mismo. Tal concepto puede funcionar bien en algunas organizaciones cristianas

--como el coro "Sión" o CESIC-- pero estas organizaciones no son Iglesias. La Iglesia no puede concebirse meramente como una asociación voluntaria de personas de intereses similares. Tiene que pensar en sí misma como el cuerpo de Cristo, gobernado por Cristo, su Rey.

Ahora bien, ¿Qué es la iglesia local en el propósito de Dios Todopoderoso? Entendemos que Cristo tiene su Iglesia universal, que consiste de todos los creyentes "comprados por precio". Es el pueblo redimido por sangre, la novia de Cristo, la nueva Jerusalén. Pero, en el Nuevo Testamento es difícil, a veces, saber si se habla de la Iglesia universal o de la manifestación concreta de ella que llamamos la "Iglesia local". La Iglesia universal se representa en la Iglesia local, y se puede llamar a una Iglesia local "la" Iglesia. Así es el lenguaje del Nuevo Testamento. En *Hechos 13:1* se habla de "la" Iglesia que estaba en Antioquía y en *I Corintios 1:2* de "la" Iglesia de Dios que está en Corinto. La Iglesia local, entonces, es una manifestación, verdadera y legítima, de la Iglesia universal. No se puede pertenecer a la Iglesia universal sin estar relacionado con la Iglesia local. La manera de afiliarse a la Iglesia universal es perteneciendo a la Iglesia local.

Sobre este dato básico --que la Iglesia local es una verdadera y genuina manifestación de la Iglesia universal-- podemos establecer las prácticas y la vida de la Iglesia local. Este dato debe hacernos apreciar y estimar a la Iglesia local y hacer que apliquemos a ella las características de la Iglesia universal.

EL MODELO DE LA IGLESIA LOCAL

El modelo de la Iglesia local se halla en la sinagoga. Este dato cae de sorpresa a muchos cristianos, aunque el Apóstol Juan, en su Evangelio menciona la sinagoga como sinónimo de la Iglesia (*Juan 16:2*). La palabra "sinagoga" es griega y corresponde directamente a "congregación" en latín. Las dos palabras se pueden traducir como "reunión". En *Hebreos 10:25* la palabra es "sinagoguear" en griego, como también lo es en *Juan 11:52* y *Mateo 18:20* (y muchos otros textos). En el libro de los Hechos vemos que las sinagogas eran el lugar de la predicación y muchas de ellas fueron convertidas en Iglesias. La sinagoga empezó en tiempo del exilio, cuando el centro del culto llegó a ser la Palabra y la exposición de ella. Tanto el ritual (la liturgia) como el gobierno de la sinagoga llegaron a funcionar como modelo para las nuevas Iglesias locales que se formaban en los tiempos de la Iglesia primitiva. La participación de Nuestro Señor, en su vida terrenal, en la sinagoga puso las pautas para los apóstoles, y estos siguieron en este modelo. Podemos decir, entonces, que la sinagoga es la "horma" para la Iglesia local. Hay mucho que se puede decir sobre este punto y mucha historia interesante sobre la influencia de la sinagoga en la Iglesia primitiva, pero entrar en ello haría este estudio demasiado largo y técnico.

También cae de sorpresa a muchos cristianos que, aunque los primeros líderes vivieron en Jerusalén, la Iglesia de allá no es la Iglesia madre ni el modelo de las Iglesias. La Iglesia de Antioquía tiene este honor. Después de la muerte de Esteban la persecución contra la Iglesia en Jerusalén fue severa (*Hechos 8:1*) y "todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria", "pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio" (*8:4*). Luego, dice la historia sagrada (*Hechos 11:19-26*), "los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban pasaron... no hablando la Palabra sino solo a los Judíos". Pero, a pesar de su precaución, algunos gentiles oyeron el evangelio y creyeron. Estos formaron una nueva Iglesia en Antioquía, y la Iglesia de Antioquía fue la primera Iglesia misionera, enviando los primeros misioneros a los que no eran judíos. La Iglesia de Antioquía, entonces, es la Iglesia madre de todas las Iglesia no judías, como la Iglesia "Berith", por ejemplo. En la próxima lección estudiaremos más sobre nuestra Iglesia Madre.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 2

Lectura bíblica: Hechos 11: 19-30, 13:1-3

INTRODUCCION

Ya vimos que la Iglesia "madre" de todas las Iglesias gentiles, o sea, las no judías, es la Iglesia de Antioquía. Fue organizada con los convertidos que oyeron la Palabra como un rumor, y no como resultado de una evangelización intencionada. El modelo para su organización, como el de todas las Iglesias primitivas, fue la sinagoga, aunque la Iglesia de Antioquía no salió de una sinagoga como muchas Iglesias del Nuevo Testamento. Vale la pena estudiar la Iglesia en Antioquía porque es la primera vista que tenemos en el Nuevo Testamento de una Iglesia local propiamente constituida, separada de la cuna judía, y progresando bajo el poder del evangelio.

Sin embargo, aunque la Iglesia de Antioquía no fue el resultado intencionado de una obra evangelística de parte de la Iglesia de Jerusalén, esta Iglesia sentía su relación con los creyentes en Antioquía y envió a Bernabé, jerosilemitano, a dirigir la obra en Antioquía. Es muy posible que muchos de los creyentes de Jerusalén vieron con sospecha a la nueva comunidad de creyentes en Antioquía (*Hechos 11: 1-3*), pero Bernabé se regocijó al ver la gracia de Dios, porque era varón bueno, lleno del Espíritu y de fe. Y se quedó allí de pastor exhortando a los creyentes a que permaneciesen fieles al Señor.

Es notable el hecho de que Bernabé no era uno de los apóstoles. Parece que los oficiales en Jerusalén estuvieron dispuestos a reconocer la legitimidad de una Iglesia local que se gobernara a sí misma, bajo un fiel ministerio de la Palabra y enviaron a Bernabé para cumplir con este ministerio. El mismo Bernabé se dio cuenta de esta necesidad y fue a buscar a Pablo, todavía no reconocido como apóstol, para complementar la instrucción en esta Iglesia creciente. La relación con la Iglesia de Jerusalén, sin embargo, se mantenía, y la Iglesia de Antioquía reconoció su liga con las otras Iglesias, recibiendo a sus profetas y mandándole su donativo.

Bernabé se regocijó al ver la obra de Dios en Antioquía, y la obra se llama "Iglesia" en el *versículo 26*. Dios no se interesa solamente en la salvación de almas, sino también en la formación y crecimiento de iglesias. El regocijo de Bernabé seguramente tenía que ver con lo que reporta Lucas, el escritor del libro de los Hechos, de que el crecimiento de la Iglesia en Antioquía fue abundante. Leemos en el *versículo 21* que un "gran número creyó y se convirtió al Señor"; luego "una gran multitud fue agregada al Señor" (*v.24*). Tenemos que tomar en serio lo que la Biblia dice acerca de los números y cantidades. No cabe duda que lo que hizo regocijar a Bernabé fue ver una gran cantidad de creyentes fervorosos en la ciudad de Antioquía.

El capítulo 11 de los Hechos revela algunos principios importantes acerca del liderazgo y ministerio en la iglesia local, y vamos a regresar a considerarlos en otra lección; solamente aquí notamos que Bernabé fue a buscar a Saulo (Pablo de Tarso) y luego enseñaron. El cambio de verbos es importante: en el *versículo 23*, Bernabé "exhortó a que los creyentes permaneciesen fieles". Después de la llegada de Pablo, enseñaron.

Pablo, tenemos que recordarlo, fue perito en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento no se había escrito todavía. Toda la predicación en la Iglesia primitiva se hacía a partir de textos del Antiguo Testamento. Los gentiles de Antioquía nada sabían de las Escrituras. Pablo fue traído para suplir la necesidad de conocimiento de la Palabra de Dios. Pablo inicia su ministerio de la Palabra en Antioquía. El mismo dice que su llamamiento fue el de predicar (*ver. I Cor. 1:17*). Vemos en esta historia la indispensable relación entre la iglesia local y la exposición de la Palabra de Dios.

LA GLORIA DE LA IGLESIA LOCAL

Los cristianos, a veces, desprecian la iglesia local. Piensan que un conjunto de iglesias, la denominación, o el "cristianismo en general", es más importante. Su actitud hacia su propia iglesia local no muestra el debido respeto a esta manifestación del cuerpo de Cristo. Todos los conjuntos de iglesias, las denominaciones y el "cristianismo en general" dependen de la iglesia local para su existencia. (Pongo "cristianismo en general" entre comillas porque no creo que realmente haya tal cosa; es una manera de hablar, una abstracción, porque los cristianos siempre son creyentes concretos y particulares, como también lo es cada iglesia local.)

Aun en nuestro sistema de gobierno presbiteriano (que vamos a estudiar más en detalle en lecciones posteriores), que hace énfasis en los conjuntos de iglesias, llamados presbiterios, sínodos y asambleas generales, se reconoce que la autoridad en estas asambleas es derivada, derivada de las iglesias locales. El consistorio de la iglesia local es la asamblea gubernamental original y todas las demás son derivadas. El núcleo fundamental, la base de la iglesia es la congregación local. Esta iglesia debe ejercer sus relaciones con las demás, ligándose con ellas en organizaciones eclesiásticas, pero siempre reconociéndose como una unidad propia. Deben tener un sentido de la gloria de la iglesia local, como cuerpo de Cristo, y tratar a esta obra de Dios con reverencia.

Ya hemos notado, en la lección anterior, que cuando el Nuevo Testamento habla de la Iglesia casi siempre habla de la iglesia en un cierto lugar. Los atributos y marcas de la Iglesia son los atributos y marcas de la iglesia local. En el Antiguo Testamento también hay muchos pasajes que hablan de la gloria de "Sión", de Jerusalén, de la congregación, del pueblo de Dios, etc., y en la mayoría de los casos se habla de lo que llamaríamos la iglesia local. Tal como el Nuevo Testamento aclara bien, Sión y Jerusalén son símbolos de la Iglesia y aluden a su plena realidad en la venida del Mesías.

Lo que hace que no veamos esto claramente en el Antiguo Testamento es el hecho de que los traductores de nuestras Biblias no usaron la palabra "iglesia" para traducir las palabras hebreas que se refieren a ella. Casi siempre emplean "congregación" o "asamblea". No así los traductores de la Septuaginta, la primera traducción del Antiguo Testamento a otro idioma; ellos pusieron la palabra "iglesia". Las dos palabras hebreas que se traducen por la palabra "iglesia" quieren decir (1) llamados juntos o llamados a reunirse, y (2) reunión o congregación. Las dos acepciones caben dentro de la palabra "asamblea", que es la más usual traducción, aunque sería legítimo poner "iglesia" en los lugares donde dice asamblea, reunión o congregación en nuestro Antiguo Testamento.

En los primeros 50 años después de Pentecostés, se establecieron iglesias locales por todo el imperio romano. El evangelio progresó a una velocidad increíble y fueron convertidas personas de todos ámbitos sociales y culturales. Todas las iglesias locales, aunque todas diferentes entre sí y cada una con sus propias idiosincrasias, tenían algunas características en común. Algunos pensadores en la misiología llaman estas características las tres "autos": eran "auto-sostenidas", auto- gobernadas, y "auto-propagadas". Es decir, las iglesias locales se gobernaban a sí mismas, se sostenían a sí mismas, y se multiplicaban. Esto lo hacían sin afectar negativamente sus ligas como partes del cuerpo de Cristo y su capacidad de trabajar juntas. Algunos asuntos que afectaban a todas las iglesias se trataban juntos, como veremos en una lección más adelante, cuando estudiemos el capítulo 15 de los Hechos, un capítulo importante para entender la naturaleza de la iglesia.

Hacia el fin del siglo I, antes del año 100, la última entrega de la revelación especial fue dada a la Iglesia por medio del apóstol Juan. En su último libro, Apocalipsis, vemos que la revelación

especial sostendrá a las iglesias locales y las hará crecer hasta la venida de Jesús. Lo vemos especialmente en los primeros capítulos, --las cartas a las siete iglesias locales-- y en la visión (en el capítulo uno) que las introduce. Juan vio las siete lámparas (o candelabros) y a Cristo en medio de ellas. Cada una fue independiente con su propio ángel o mensajero, y las infieles no continuarían en su lugar (*Apocalipsis 2:5*). Los mensajeros están en la mano de su Señor; el gobierna y mantiene su Iglesia por medio de ellos.

Su llamamiento a predicar la Palabra de Dios, a dar a conocer su Nombre en todo el mundo, de llamar las gentes a arrepentimiento y salvación, de proclamar las buenas noticias: esto es la gloria de la Iglesia --y de cada iglesia local-- Este es el significado de que las iglesias están representadas por lámparas. Jesús mismo dijo que la iglesia es la luz del mundo. Las iglesias se ven desde de su mejor lado mejor cuando proclaman atrevidamente la verdad. Cuando lo hacen su gloria es manifiesta.

Cristo está en medio de las iglesias. Su presencia en ellas también es la gloria de las iglesias locales. Pero Cristo está presente en ellas no solamente para que se sientan acompañadas. La luz que brilla en ellas es la luz de Cristo. Un dato que debemos notar es que en la Biblia, en palabras del Salvador mismo, se afirma que Jesús es la luz del mundo y también lo son las iglesias (*cf. Mateo 5:14 y Juan 8:12*). Las iglesias locales tienen que afanarse para ser lo que son: luz

Las iglesias no existen para sí mismas. Su propósito de existir no es solamente que haya iglesias. Las iglesias existen a favor del mundo. Las iglesias, desde luego, tienen que glorificar a Dios, lo tienen que alabar; pero, aún más, existen para que el mundo glorifique a Dios. Igual que su Señor, --pues la Iglesia es su cuerpo-- tiene que entregarse para el mundo. El existir abnegadamente, a favor del otro, esto también es la gloria de la Iglesia.

Es también gloria de las iglesias el saber que están en el mundo de acuerdo con el plan de Dios. Tienen su papel en la realización de este plan. Pablo dice a los Efesios, y por este medio el Espíritu nos lo dice a todos, que "somos predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad". En el *Efesios 5: 23* vemos que Pablo habla aquí de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo.

Cada iglesia en particular tiene que meditar en el propósito de Dios para las Iglesias. La tarea para cada una es la misma y diferente, a la vez. Cada iglesia local tiene que hacer brillar la luz en el lugar en que esté. Estos "lugares" pueden ser geográficos, pero también pueden ser sociales y ámbitos culturales. Cada iglesia local tiene que meditar en el hecho de que ella tiene que decir, junto con cada miembro, "No me pertenezco a mí misma, sino en todo, pertenezco a mi fiel Salvador, Jesucristo".

Tal vez la gloria más grande de las iglesias es que son amadas por Cristo. Pablo dice, en Efesios 5, que Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella. Este amor se ve reflejado en la Iglesia, y Cristo mismo dijo que tenemos que amarnos los unos a los otros, tal como Cristo nos amó. En *Efesios 5*, Pablo dice que este ejemplo también sirve para los maridos. Tenemos que aprender a percibir a la Iglesia, a la nuestra también, como la amada de Cristo. Así no la despreciaremos tanto.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 3

Lectura bíblica: Hechos 2:44-47; 4:23-32; I Corintios 12:1-27

INTRODUCCION

La Iglesia local consiste de sus miembros. Es una casa viva, una familia espiritual de los discípulos del Señor Jesucristo, "juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (*Efesios 2:22*). Tenemos que tomar en serio las dos expresiones: casa y familia, ya que las dos analogías se funden para dar un solo concepto.

Las Escrituras no conciben a los creyentes como creyentes aislados, solos en el mundo y separados de los otros creyentes. Aunque cada uno de ellos tenga que creer individualmente y sepa personalmente lo que cree, la fe en Jesucristo es algo que tenemos en común y creemos en una comunidad. El Credo de los Apóstoles lo dice claramente: "creo en la Santa Iglesia ... la comunión de los santos."

El deseo de Dios (y su declarado propósito) es unir a los creyentes, por ligas vitales, en la formación de iglesias locales. Ha ordenado también que se glorifique su Nombre en comunidad, en donde cada uno se dedica a la obra en grupo y cada uno desarrolla sus dones y su espiritualidad dentro de la vida de la iglesia local. El sentido de unidad y compromiso en grupo es muy patente en las páginas de las Escrituras que hablan de los comienzos de la Iglesia novotestamentaria.

Parece demasiado obvio como para comentarlo, pero vale la pena notar que en la iglesia primitiva había miembros, porque si hubo grupo y comunidad, los individuos que componían la comunidad serían sus miembros. En esta lección queremos responder a dos preguntas: (1) ¿Quiénes son los miembros de la iglesia local? y (2) ¿Cual es el procedimiento que la iglesia emplea para recibir a sus miembros? En otra lección hablaremos sobre la vida, el compañerismo y la participación de los miembros en la iglesia local.

LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA LOCAL

Así como están solamente en el cuerpo de Cristo aquellos que están unidos a Cristo por la fe, es decir, los que son salvos, de la misma manera la iglesia local, la manifestación concreta del cuerpo de Cristo, puede recibir como miembros solamente a aquellos que nos hacen estar convencidos de que son verdaderamente convertidos. La iglesia local no puede recibir como miembros a personas con la esperanza de que algún día ellas lleguen a ser creyentes; sino solamente a aquellas que profesen tener la fe que les liga con el cuerpo de Cristo. Es, entonces, no solamente correcto, sino indispensable que la iglesia local haga la indagación necesaria a los que posiblemente entrarán como miembros para asegurarse de que ellos tienen esa fe.

Suena muy negativo eso de limitar la participación como miembros en la iglesia sólo a las personas que sean creyentes, y solamente después de cerciorarnos de la sinceridad de su fe, pero *Judas 4* nos da una advertencia de que a veces los incrédulos quieren entrar subrepticamente para hacerle daño a la iglesia (*cf. I Juan 2:19*). Ser miembro de una iglesia es un derecho de cada creyente, como también es su privilegio y obligación; pero solamente los creyentes tienen este derecho. Las iglesias tiene que alentar a los creyentes a ejercer su derecho de membresía y, a la vez, insistir en que solamente ellos tienen este derecho. Esta es la razón de la "entrevista" que hacemos en nuestra iglesia a los que harán su profesión de fe. Tenemos que hablar un poco sobre esto.

En algunos lugares se habla de la presentación de los candidatos para ser miembros de la iglesia como un examen. Nosotros usamos la palabra entrevista. La idea de examen tiene que ver con los cursos de preparación, pues desde su inicio la iglesia cristiana ha ofrecido cursos para los que querían hacer su profesión de fe. Estos cursos desde la iglesia primitiva han llevado el nombre de "clases de catecúmenos". Por llegar la entrevista después del curso, se la tomó como un examen del curso, lo cual por supuesto no es. No es examen académico, ya que no es posible pasar o reprobado el curso. El curso es una ayuda al que quiere hacer su profesión para que sepa mejor lo que está haciendo. Es una preparación y orientación diseñada para hacer más fácil lograr el deseo de pertenecer a la iglesia.

Menos aún es la entrevista un examen de teología. Las preguntas que se le hacen al candidato no tienen una respuesta precisa y correcta; más bien son para entablar una conversación sobre la fe. No es un manejo de información, aunque tiene que haber cierta información, sino más bien un proceso de articular su fe. Las preguntas que le hacen los interlocutores tienen el fin de facilitar esta articulación.

En la tradición presbiteriana, desde sus orígenes en Escocia, en los últimos años de la época de la Reforma religiosa del siglo XVI, se ha hablado de una profesión "creíble". El candidato a miembro de la iglesia debía poder expresar su fe a tal grado que otros le pudieran creer. Los que le oían debían estar en condiciones para decir que le creían y confiaban en su sinceridad. Esto no viene necesariamente por medio de un curso de aprendizaje; pero, por otro lado, el curso puede ayudar a aclarar el contenido de la fe.

El pretendido miembro de la iglesia local está agudamente enterado de sus pecados. Sabe que su salvación depende de algo (o Alguien) fuera de él. Sabe que el pecado le ha dejado impotente para obrar su propia salvación y que por su culpa no merece las bendiciones de Dios. Este sentido del pecado es indispensable. Sin esto se puede dudar de la sinceridad de su profesión. Este no es un conocimiento académico, de memorizar cierta información, sino de un auto-conocimiento, un reconocimiento de lo que es y de lo que necesita.

Este candidato a la membresía reconocerá la voz de Dios en la Biblia. Se habrá apropiado como suyas las promesas de Dios que en ella se encuentran y que le ofrecen el perdón del pecado, esto es, la salvación. Tiene que dar testimonio de haber recibido la Palabra y de haberla aceptado. Acepta como verdadero todo lo que dice.

El que quiere ser miembro de la iglesia local sabrá que pertenecer a Cristo y a su iglesia implica un nuevo estilo de vida. La voluntad de Dios, expresada en la Biblia, es la norma de lo que cree y de sus acciones. Cree lo que Dios quiere que crea, y hace lo que Dios quiere que haga. Desde luego, ésta es norma no solamente para los nuevos miembros, o para los que quieren ser miembros, sino también siempre es la norma para todos los miembros.

UNAS ANALOGÍAS

En *I Corintios 12*, Pablo emplea el ejemplo del cuerpo humano para ilustrar la vida de los miembros en la iglesia local. Cada miembro es como una parte del cuerpo que no puede ser independiente de las otras partes. Cada parte es necesaria y no puede funcionar sin que esté en relación con las otras partes. Las partes tienen que funcionar en armonía y no debe haber cisma en el cuerpo (*cf. I Corintios 1:10-13 y Filipenses 2:1-5*). El que hace su profesión de fe, entonces, debe entender que, cuando se hace miembro de la iglesia local, se compromete a vivir en armonía y en amor con los otros miembros de la iglesia local.

Esta enseñanza es clara en el Nuevo Testamento y no debe haber duda de la voluntad de Dios en cuanto a la unidad de la iglesia local. Debemos aceptar la autoridad de Dios, ejercida por medio del ministerio de la Palabra, tanto en la predicación como en la enseñanza. También, para lograr

esta armonía, se debe aceptar la autoridad de los que en la iglesia local están puestos para efectuar su organización y guiarla en sus actividades. Debemos entregarnos a lo que conduce a la salud del cuerpo y a la fuerza necesaria para cumplir con su tarea. Debemos afanarnos para vivir de tal manera que nuestras vidas glorifiquen a Dios, y por medio de ellas, todo el cuerpo de buen testimonio. La vida de cada miembro debe ser de acuerdo con la vida y ministerio de la iglesia local. Los que no estén dispuestos a aceptar este compromiso, todavía no están listos para ser miembros de la iglesia local.

El Nuevo Testamento también habla de la iglesia en términos de un edificio (*Efesios 2:20-22*) que va creciendo para ser un templo santo en el Señor. El edificio, dice Pablo, está "bien coordinado". Pedro va manejando la misma eclesiología que Pablo. En su primera carta (*I Pedro 2:5*) no solamente dice que estamos formando una "casa espiritual", sino también que somos "piedras vivas". El autor de la Carta a los Hebreos (*3:4-6*) dice que somos la casa de Dios. Aquí no está claro si se refiere a la casa en sentido también de familia o sólo de edificio, o a las dos cosas, pero es claro que se refiere al edificio porque en v.4 dice que "toda casa es hecha por alguno". Pablo, cuando escribe a los corintios, en *I Corintios 3:9-17*, usa y aplica la misma analogía. El miembro de la Iglesia debe pensar en sí mismo como parte del edificio, que es el templo de Dios Viviente. Al construir nuestra vida cristiana edificamos el templo de Dios.

Jesús hizo uso de la analogía de la planta (*Juan 15:1-7*). Pablo también emplea esta figura (*Romanos 11:16-24*). La diferencia es mínima; si se habla de la vid o del olivo, el principio es el mismo: los creyentes están unidos en la planta, formando un solo organismo cuyo propósito es el de llevar fruto. Cada iglesia local es como una planta, cada miembro conectado con Cristo, injertado al tronco por la gracia de Dios, que tiene el propósito de ser muy productivo

Cada miembro se conoce como nacido de nuevo, pero nacido en familia. Los otros creyentes son sus hermanos. Pablo aplica la analogía de una manera diferente para hacer resaltar otro aspecto de las bendiciones de participar en la iglesia. Acentúa el hecho de que somos miembros de la familia de Dios por adopción. Podemos decir que "nacer de nuevo" y ser "adoptados" son dos maneras para explicar el mismo fenómeno: el hecho de que tenemos vida en Cristo y la tenemos como miembros de la familia de Dios.

Hay otras figuras. El rebaño es una de ellas. Somos ovejas de su prado. Cada oveja es singular, pero es difícil pensar en un rebaño de una sola oveja. La idea de rebaño implica una relación entre muchas ovejas. De la misma manera la iglesia se llama el "pueblo de Dios". El "pueblo" es una relación social y política; no se compone de entidades aisladas, sino de un grupo de individuos organizacionalmente unidos. Otro aspecto de lo mismo es el término "reino", que tiene muchas implicaciones; y una de ellas es la relación mutua entre los ciudadanos

La idea de miembro es de ser parte de algo. El miembro de la iglesia local es miembro con todos los otros del cuerpo de Cristo. De hecho, junto con ellos, es el cuerpo de Cristo.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 4

Lectura bíblica: Hechos 2:36-47

INTRODUCCIÓN

Hemos visto que la voluntad de Dios es que los creyentes se unan en la comunión de la iglesia local. Dios quiere que su pueblo sea pueblo y que dentro del compañerismo de los creyentes se practique el amor mutuo con todos los lazos, ligas y nexos que esto implica. Las distintas analogías que la Biblia emplea --familia, casa, edificio, cuerpo-- ponen su énfasis en ello. Podemos concluir, entonces, que Dios quiere que cada creyente se haga miembro de una iglesia local, una concreta y verdadera manifestación de la iglesia universal.

También hemos echado un vistazo a lo que es un miembro de la iglesia local. Vimos que es una persona que hace una profesión creíble de su fe y que vive en relación con otras. También hemos notado varias de las analogías que describen esta relación: el cuerpo, el edificio, la planta, el rebaño y el pueblo, expresado con frecuencia como el Reino de Dios. Ahora nos preguntamos acerca de cómo debe desarrollarse la vida en común, o acerca de cómo la vida y compañerismo debe realizarse en la iglesia local. En otras palabras ¿qué debe hacer el pueblo de Dios como el cuerpo o la compañía de los renacidos?

DOCTRINAS COMPARTIDAS

La base del compañerismo cristiano es la sana doctrina. Si ha de haber un acuerdo, los que estén de acuerdo tienen que estar de acuerdo en algo. No es posible estar de acuerdo sin que haya puntos de concordancia. Por esta razón, la Iglesia, desde hace muchos años y especialmente en el tiempo de la Reforma religiosa del siglo XVI, llama a sus credos sus "fórmulas de acuerdo" o sus "formas de unidad". La designación es correcta: la unidad o el acuerdo es uno de los frutos concretos de estas expresiones de la doctrina de la Iglesia.

En *Hechos 2:42*, como conclusión del relato de Pentecostés, Lucas nos informa que los nuevos creyentes "perseveraban en la doctrina de los apóstoles". La doctrina de los apóstoles es su enseñanza, es lo que ellos enseñaban. Enseñaban el mismo sistema de verdad que Jesús les había enseñado, y los creyentes lo aceptaron como la verdad y lo creyeron. Es interesante y significativo que la primera y principal actividad de estos creyentes --la iglesia local de Jerusalén-- fuera la de perseverar en la doctrina. Hay quienes insisten en que la actividad de enseñar y discernir la doctrina es una actividad secundaria, y que los cristianos deben concentrar sus esfuerzos en el desarrollo del amor y el afecto entre los miembros. No cabe duda: el desarrollo del amor y el afecto entre los miembros de la iglesia es de alta importancia; y el cristiano nunca debe flaquear en el esfuerzo por lograrlo, pero los apóstoles no pusieron esto en primer lugar. El desarrollo del amor y del afecto se logra a base de un acuerdo en la sana doctrina. Todas las actividades de la iglesia deben tener su base en la verdad revelada y en la expresión de esta verdad que llamamos doctrina. El amor, afecto, calor humano y buenas relaciones no bastan en sí; el mundo incrédulo también busca esto, y a veces con un grado de éxito; pero todas estas cualidades tienen que basarse en la doctrina correcta de la Biblia a fin de que sean verdaderos atributos de la iglesia local.

Es imposible orar o alabar aceptablemente sin tener una doctrina de Dios y de la salvación. Los conceptos que tengamos del pecado, de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de la salvación, etc., afectan profundamente nuestra capacidad de orar eficazmente. El que reza el "Padre Nuestro"

sin ser creyente no está orando. El mero repetir las palabras del publicano "se propicio de mi, pecador", sin confiar en las promesas de Dios, no hace que la repetición sea una oración. El cantar los himnos, aun los Salmos, sin saber de lo que ellos tratan puede ser una actividad estética o de catarsis, profundamente psicológica, pero no será alabanza sin su base en la doctrina correcta de Dios y su Revelación. Si una iglesia local hace muchas cosas buenas, con mucho fervor y sinceridad, pero si sus conceptos doctrinales son ajenos a lo que la Biblia enseña --la doctrina de los apóstoles-- no está muy lejos de la postura de los Testigos de Jehová o los Krishna.

Satanás siempre está presto para convencernos de que este elemento no es tan importante en la vida congregacional. Las costumbres y los hábitos pueden ayudar mucho y se puede conservar una apariencia de vida manteniéndolos; pero si una iglesia local no persevera en la doctrina de los apóstoles ya ha firmado su certificado de defunción. Hay una amplia variedad de bendiciones secundarias que los cultos conllevan; pero estas bendiciones no son la razón del culto. El propósito del culto es la comunicación de la doctrina de los apóstoles.

Esta doctrina proporciona la vida al incrédulo y la conserva en el creyente. Da orientación a la vida y suministra la fuerza que se necesita para vivirla. El entendimiento de ella da gozo y la comprensión de ella proporciona satisfacción. Esta doctrina es la verdadera base del compañerismo y la comunión que debe caracterizar a toda iglesia local. Sin esta doctrina el compañerismo sería artificial y forzado; aun con ella el compañerismo cristiano es difícil de lograr. Pero, cuando exista una iglesia local cuyos miembros busquen primeramente ser fieles a la doctrina de los apóstoles, para perseverar en ella, allí habrá una verdadera comunión de los santos. Ahí habrá acuerdo, armonía, conformidad y verdadera comunidad. Aguantará los ataques de Satanás y, aunque a veces con dificultad, ahí se conservará la unidad del Evangelio. Esta iglesia tendrá todas las marcas de la Iglesia, ya que implícita en el conocimiento de la doctrina de los apóstoles está la aplicación de ella a la vida de la comunidad. El perseverar en la doctrina de los apóstoles no es solamente llevarla en la memoria para pasar un examen sobre ella cuando los ancianos de la iglesia nos lo pidan, sino tenerla como guía y orientación de nuestra vida. Perseverar en la doctrina de los apóstoles es todo un estilo de vida.

KOINONÍA

La palabra griega koinonía tiene significación especial para los miembros de la iglesia. La traducción de esta palabra al castellano, en nuestras versiones de la Biblia, es "comunión", como vemos en el texto que estamos considerando. Las connotaciones de la palabra griega son tan especiales que muchos piensan que la palabra "comunión" no capta todas ellas y, por eso, prefieren usar la palabra griega. Por esta razón la palabra "koinonía" no es desconocida entre nosotros.

Lo primero que debemos notar es que este punto es el resultado del anterior. La fidelidad a la doctrina y a la práctica de ella conduce invariablemente a la koinonía. La koinonía es la experiencia de estar ligados por tener algo en común. Cuando varios de nosotros tenemos la misma experiencia esto nos liga, y la experiencia de tener la misma experiencia nos hace en comunidad. La experiencia de creer en común y de saber mutuamente lo que creemos es una experiencia profundamente unificadora.

En segundo lugar, debemos notar que la koinonía es algo en que los primeros miembros de una iglesia local se ejercitaban. Practicaban la koinonía. El texto dice que "perseveraban"... en la koinonía. La koinonía no es solamente una experiencia, un sentimiento, una ternura o una emotividad, sino también una práctica. No es una práctica meramente ritualista, como la de tomarnos de la mano y cantar "Unidos, Unidos...", sino, más bien, es la aplicación de una

actitud. Es una manera de percibir al hermano, de verlo en el contexto, como partícipe de la misma fe. La koinonía requiere esfuerzo constante de parte nuestra.

PAN COMPARTIDO

En la práctica de la koinonía, los primeros miembros de una iglesia local perseveraban en el "partimiento del pan". Hay varias interpretaciones de esta frase. Algunos piensan que aquí se refiere a la Cena del Señor. No podemos dudar de que los primeros cristianos fueran diligentes en la observación de los sacramentos, pero la frase parece tener otro sentido. "Partir el pan" se refería en aquel tiempo a las costumbres sociales, era una de las formas principales para practicar la amistad. Se refiere aquí al hecho de que los nuevos miembros de una iglesia local practicaban activamente la amistad entre ellos. No debemos olvidar que en aquellos tiempos el comer juntos era el más íntimo compañerismo. Por eso, los fariseos acusaban a Jesús del horrendo crimen de comer con publicanos y pecadores. Los primeros miembros de la iglesia local hacían lo mismo y practicaban una intimidad social que atravesaba las capas sociales. La iglesia es el principio de un nuevo orden social, una nueva sociedad.

Pero no fue solamente una práctica en la vida social, sino también un cuidado mutuo. Se empleaba la misma palabra para hablar del repartimiento (distribución) de lo necesario a los pobres. El cristianismo, y en especial la participación en la iglesia local, borra en gran medida las falsas distinciones sociales. Este parece ser el sentido de los vv.45-46 de este mismo capítulo 2 de los Hechos. Poco a poco esta obra llegó a ser una función institucionalizada de las iglesias locales, como vemos, por ejemplo, en *Hechos 6:1-6*. Aunque la Biblia, en este pasaje, no llama diáconos a los encargados de este trabajo, pronto esta tarea llegó a ser una actividad especial de los diáconos. Y lo es hasta el día de hoy.

La práctica tenía una relevancia especial en los tiempos de las primeras iglesias locales, ya que la persecución incluía el aspecto económico y muchas veces los primeros cristianos sufrieron hambre por ser miembros de la iglesia local. La práctica de comunidad incluía el cuidado material de los miembros, ejemplificado por el repartimiento de la comida.

ORACIÓN CONTINUA

Otro aspecto de la perseverancia de los primeros miembros de una iglesia local es la continuidad en las oraciones. También aquí nos referimos al v.46 para encontrar una mejor comprensión de la frase. También vemos una referencia a ello en 3:1. Vemos que los primeros miembros de la iglesia local seguían las prácticas judías en cuanto a las horas estipuladas de la oración. Esto podría ser semejante a las costumbres nuestras de hacer oración antes de comer, de dormir, de emprender un viaje o de iniciar una reunión. Lo que se menciona aquí son las oraciones formales, las oraciones que llegan a ser la estructura de la vida cristiana y sus puntos de referencia.

La oración siempre es la práctica de la presencia de Dios. Las oraciones rituales formalizan y ritualizan esta presencia. Los primeros cristianos, muy conscientes de la continuidad de los dos Testamentos, usaban las formulas judías para las oraciones. El libro de texto, y de cabecera, para las oraciones era el libro de los Salmos. *Hechos 4:25-26* nos da un ejemplo de ello. El rico contenido mesiánico de los Salmos les dio un profundo entendimiento de su época y de su deber en ella. Toda su vida fue estructurada alrededor de la oración, y así vivían conscientemente en la presencia de Dios. Y lo hacían no solamente individualmente (y no cabe duda de que lo hacían), sino también comunitariamente. Toda su vida de comunidad cristiana, como iglesia local, fue estructurada por la oración.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 5

Lectura bíblica: Hechos 2:43-47; 4:32-37; 5:1-11; 6:1-7

INTRODUCCIÓN

Hemos visto que la doctrina de los apóstoles es el eje alrededor del cual gira todo concepto de unidad en la iglesia local. La unidad en la verdad es la base de toda la unidad en la comunidad que es el cuerpo de Cristo. Si una iglesia local no tiene la unidad doctrinal, difícilmente se puede desarrollar el verdadero sentido de comunidad.

Sin embargo, la unidad doctrinal no es la única forma de unidad que se halla en la iglesia local; más bien, esta unidad se manifiesta en numerosas formas. En esta lección queremos investigar algunas de las formas del compañerismo práctico que se encuentran en la iglesia local como consecuencia de la unidad en la verdad que subyace en toda otra forma de unidad en la iglesia.

EL LADO MATERIAL DE LA UNIDAD ESPIRITUAL

Es imposible leer la historia de la iglesia primitiva en Jerusalén, en Hechos 2 al 6, sin darse cuenta de que, además de las grandes victorias espirituales que se ganaron, el pueblo de Dios mostró un profundo interés en el bienestar material de la comunidad cristiana. Leemos, por ejemplo, en *Hechos 2:44-45*, que "Todos los que habían creído" (un gran número, pues ya son miles de personas) "...repartieron a todos según la necesidad de cada uno" (*cf. 4:32-35*). Cuando leemos estos versículos nos preguntamos si hay algunos aspectos de la vida práctica de la iglesia local que han sido olvidados.

Tenemos que tener cuidado de no leer más en estos textos de lo que se encuentra allí. No debemos pensar que los primeros cristianos formaban comunidades comunales (valga la redundancia), como los kibbutz actuales. Más bien la comunidad cristiana era una red de relaciones dentro de la sociedad secular, idéntica con esta sociedad y, sin embargo, distinta de ella. Los que creyeron no construyeron aldeas aparte, ni aún una colonia o un barrio en la ciudad. No se constituían en una capa especial de la sociedad, ni una clase social distinta; en su lenguaje, ropa, comida, costumbres, hábitos y empleo los cristianos no eran distintos de sus vecinos.

A pesar de todas las semejanzas había algo que los distinguía y los hacía destacar en su sociedad. Todo su estilo de vida, su comportamiento en la sociedad, su sentido de responsabilidad, su sistema de valores y su mutuo aprecio los hacían destacarse. Ciertos hábitos y algunas características claves lo revelaban. Se manifestaban como una raza aparte, y, a pesar del amor que manifestaban para la humanidad en general, su comportamiento provocaba reacciones negativas. La persecución, debido en parte a su estrecha identificación con el Crucificado, surgió, de la noche a la mañana. El ser creyente había dejado su huella en la vida del cristiano de tal modo que el mundo reconoció la diferencia y se molestó por ello.

No debemos pensar que una parte del cristianismo primitivo era el poner todas sus posesiones en un solo fondo y que este fondo fuera administrado para el sostén de todos. No, más bien, todos los que podían hacerlo seguían trabajando, y los que tenían oficios o negocios continuaban en su ejercicio y ofrendaban voluntariamente. Pedro, según *Hechos 5:4*, hace énfasis en esto. (Vale la pena señalar que el capítulo 5 es una continuación del 4; es parte de la misma historia.) Pero los que tenían propiedades se consideraban mayordomos de estas propiedades y las administraban para el Señor o las vendían para emplear los dineros para el

Señor. Una cosa segura es que los cristianos primitivos tenían un concepto diferente en cuanto a la propiedad. Hay momentos cuando otros tienen más derecho sobre la propiedad que el dueño, si el dueño se reconoce como mayordomo del Señor Jesús. Este reconocimiento llega por convicción del Espíritu Santo y no por obligación de la sociedad.

Para entender *Hechos 2:44-45* y *4:32-35* debemos recordar que una marca esencial del creyente que ha experimentado la verdadera gracia salvadora, es que ama, con un verdadero amor, a sus compañeros creyentes. Esta verdad se ve en varios lugares de las Escrituras; *Mateo 25:31-46* (hermanos más pequeños del v.40), *Santiago 2:15-16*, *II Juan 5* y *Gálatas 6:10* son algunos de los muchísimos ejemplos. No debe haber tal cosa como un cristiano que no tenga en cuenta las apremiantes necesidades de sus hermanos y hermanas en Cristo. El que se dice convertido y no experimenta el sentido de obligación ante la presencia de las grandes necesidades de sus hermanos debe examinar con cuidado el cristianismo a que fue convertido: puede ser una forma falsa. Es obvio que los que fueron salvos en el día de Pentecostés y en los días subsecuentes tuvieron despiertos sus corazones y experimentaron una profunda compasión para los necesitados entre los creyentes.

Muchos de los necesitados lo eran por la persecución. Muchos creyentes perdieron sus casas, terrenos, trabajos, negocios y amistades; otros perdieron su vida. La recolección de fondos y la organización de su distribución fueron con el fin de ayudar a estos hermanos perseguidos. Más que una organización social permanente, esta práctica fue la solución a problemas inmediatos. Parece que, lejos de ser una organización de cooperativa, los apóstoles fueron los primeros administradores de la beneficencia y luego lo fueron los oficiales de la iglesia local (debemos recordar que *Hechos 6:1-7* es parte de esta historia).

Este énfasis en el lado material de la unidad espiritual en la iglesia primitiva es el resultado de la obra del Espíritu Santo, por supuesto, y consecuencia del nuevo nacimiento de los creyentes; pero no es un énfasis nuevo. Jesús lo había enseñado constantemente y los apóstoles fueron testigos de ello. En su última plática con ellos, minutos antes de ser entregado a las autoridades, Jesús les decía que deben amarse los unos a los otros, de la misma manera que Jesús les había amado. El asunto de amarse, dijo Juan (*I Juan 1:7*, cf. *Juan 13:34 ss.*), es un nuevo mandamiento que realmente no es nuevo, sino que había existido desde el principio. Por ser mandamiento de Jesús, el asunto es de importancia vital para la iglesia.

Desde el día de Pentecostés, el primer día de la existencia independiente de la Iglesia, la primera iglesia local tuvo un problema serio. Debemos suponer que se convirtieron personas de todas las capas y esferas sociales --esclavos, profesionistas, hacendados, empleados, comerciantes, académicos, empresarios, mendigos, inversionistas, criadas, soldados, funcionarios, etc.-- todas ya en una nueva relación mutua. ¿Cómo iban a cumplir con la nueva conciencia social que palpitaba entre ellas, sobre todo al escuchar las enseñanzas de su Salvador?

Su respuesta, intuitiva y voluntaria, de acuerdo con su concepto de mayordomía, fue una entrega de sus posesiones para el bien común. La respuesta no fue un nuevo orden social, no fue un comunismo político; más bien era una entrega total de la persona y de todo lo que tenía al servicio de Cristo y su Iglesia, a Dios y su pueblo. El resultado fue que "no había entre ellos ningún necesitado" (*4:34*). La respuesta de la primera iglesia local, la de Jerusalén, es modelo para nosotros. Las condiciones sociales, la aportación del gobierno y de los sindicatos, la opinión pública y la conciencia de los "derechos humanos", hacen que el esquema sea difícil de aplicar hoy en día --los necesitados y sus necesidades son diferentes--; pero los principios son aplicables en el día de hoy. Parte de la respuesta de las iglesias locales en la actualidad son las organizaciones como "Visión Mundial", "AMEXTRA", y otras semejantes, que hacen esta obra en nombre de la Iglesia; pero esto es solamente parte de la respuesta. La iglesia local (es decir, todos sus miembros) debe tener voluntariamente el concepto de propiedad que la primera iglesia local tuvo y esforzarse en lograr el fin de que no "haya entre ella ningún necesitado".

EL PRINCIPIO PUESTO A PRUEBA

La Biblia es realista. Dice la verdad. No esconde lo triste. No presenta a la iglesia local como ideal. Ahí está con todas sus fallas. Hubo en la primera iglesia local algunos miembros que no se habían entregado al Señor con todo y todo, es decir, con corazón y bienes.

Ya hemos notado el texto, pero lo mencionaremos de nuevo; Pedro, en 5:4, acentúa el aspecto voluntario de la entrega. Ananías no estaba obligado por la organización de la iglesia a entregar su propiedad. Cuando era el dueño, Ananías tenía sus derechos legales sobre la propiedad. "Reteniéndola, preguntaba Pedro, ¿no se te quedaba a ti? Ananías se encontraba en perfecta libertad para retener o vender la propiedad. Nadie, ni los pobres de la iglesia podían reclamarle esta posesión. Le pertenecía a él para el ejercicio de su mayordomía. Lo que confesó Ananías, al hacerse cristiano, es que tanto él como sus bienes eran del Señor.

Una vez vendida la propiedad, dice Pedro, el dinero estaba en poder de Ananías. No tenía obligación legal de entregar el dinero. Este dinero también estaba bajo el ejercicio de la mayordomía de Ananías y Safira. Pensaban que podían afirmar su mayordomía y todavía tener el derecho absoluto sobre la propiedad. Esto es, según Pedro, mentir al Espíritu Santo. No se trata solamente del dinero y el ejercicio de autoridad sobre él. Más bien, se trata de las obligaciones voluntariamente contraídas por Ananías y Safira de ser responsables del mantenimiento de los necesitados de la iglesia local. El uso del engaño y del dolo y de mentiras públicas reveló su falta de entrega completa.

El ejercicio de la mayordomía tiene que expresarse en ofrendas honradas y sinceras. El siervo del Señor tiene que ser abierto y limpio, sin guardar reserva alguna para él mismo, empleando todo para el Señor. Cualquier intento de engaño o de pretensiones personales destruye la atmósfera de confianza y entrega que la relación de mayordomía exige.

La política de cada quien para sí mismo, la lucha de todos contra todos, el exigir cada uno sus supuestos derechos frente a los derechos de otros, todo eso milita contra la práctica del amor y el cuidado mutuos que la iglesia, para ser iglesia, necesita. La atmósfera de sospecha y desconfianza destruye la experiencia de ser el cuerpo de Cristo.

El enemigo, Satanás, quiso destruir la iglesia, tan pronto como fue manifestada, por medio de ataques desde afuera. Hubo persecución de parte del gobierno, de la sociedad y de las otras religiones, sobre todo de parte de los judíos, mayormente de los fariseos. Pero, este peligro externo no era el único ataque de Satanás. Cuando notó la eficacia de las medidas que tomaron los primeros cristianos para sobrevivir a la persecución externa, agregó a lo externo un ataque desde adentro. Quiso destruir la manifestación práctica del amor cristiano en el cuidado mutuo entre los cristianos por medio de la organización de misericordia, en la que la riqueza de algunos llegara a ser una bendición para todos. La Biblia reporta el ataque como un episodio triste en la historia de la Iglesia, pero que no termina con la práctica del amor en la Iglesia.

La primera parte del capítulo 6 es parte de esta historia. Aquí vemos cómo el Espíritu Santo sigue guiando a la Iglesia en la práctica del principio de la unidad en la verdad. La unidad puesta en práctica lleva a una nueva organización de las iglesias locales. Los oficiales, presentados por los miembros de la congregación y funcionando en su nombre, hacen que todos los miembros participen en la obra de misericordia. La iglesia local pone por obra su unidad espiritual en la obra de misericordia.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 6

Lectura bíblica: I Pedro 5:1-11

INTRODUCCIÓN

La tarea de la iglesia local y su gobierno son asuntos que llevan entre sí una estrecha relación. La organización de la iglesia, o sea, su gobierno, está en función de cumplir con el trabajo que el Señor de la Iglesia le dio. No podemos hablar de la organización o gobierno de la iglesia local sin saber para qué está organizada y cuál es la tarea con que quiere cumplir. Necesariamente, entonces, cuando estudiamos la tarea de la iglesia local tenemos que mencionar su gobierno; y al estudiar su organización tenemos que hacer referencia a su quehacer.

Sin embargo, no es solamente la tarea lo que determina la organización de la iglesia local. Su naturaleza también es determinativa del tipo de gobierno de una iglesia. La iglesia es, por naturaleza, "*logocéntrica*", y este hecho es determinante en cuanto a la organización de la iglesia. Toda organización, todo ejercicio de autoridad, todo gobierno en la iglesia tiene que reflejar este dato y tiene que estar en función de mantener este énfasis.

LA NECESIDAD DE ORGANIZACION

Si queremos jugar con palabras, podemos decir que una organización no funciona sin organización. Sería más correcto decir que un organismo necesita organización para funcionar. La organización pone el organismo en función, y su función es realizar su propósito.

Aun para realizar un culto es necesario poner un orden. Tenemos que decidir si vamos a orar primero y luego a cantar, o a cantar primero y luego a orar. No podemos decidir esto sin una organización. La organización es necesaria a fin de que haya consenso. Alguien tiene que tomar alguna dirección y proponer y luego afirmar la decisión. No puede haber culto si mientras algunos cantan, otros oran, o predicán y levantan la ofrenda; todo a la vez. No es así solo para realizar un culto; todas las actividades y tareas de la Iglesia presuponen un orden.

No solamente el culto, sino toda actividad de la iglesia local presupone alguna forma de organización. Si se va a realizar un foro, una comida, o un instituto, se necesita una organización; si se formará una escuela dominical, un coro o un cuerpo de obreros voluntarios hay que establecer el gobierno adecuado para su realización. La iglesia local que no tiene organización o gobierno no puede realizar ninguno de sus propósitos, ni puede durar como iglesia. Se necesitan formas de organización para decidir la hora, el lugar, el arreglo y el orden de actividades. Sin eso no habrá iglesia local.

ORGANIZACIÓN Y LA NATURALEZA DE LA IGLESIA LOCAL

La organización de cualquier empresa depende del tipo de institución que sea. Una empresa de servicio no se organiza de la misma manera que un equipo de fútbol. Los bancos tienen otras formas de organización que las escuelas, y los dos difieren de una maquiladora. Aunque los principios de contabilidad sean los mismos para todos y todos cumplan con la misma ley de trabajo, cada negocio se organiza de acuerdo con su propia naturaleza. Esto hace indispensable que hablemos de la naturaleza de la iglesia local.

Tal como hemos mencionado arriba, la iglesia local es una institución "logocéntrica". Con esto queremos afirmar que la iglesia local existe por la Palabra y para la Palabra; si no hay Palabra la iglesia no tiene base para existir, ni razón de existir. Toda la organización de la iglesia local tiene que reflejar este hecho. Lo central en la iglesia local, tanto para su propia existencia como para cumplir con el porqué de su existencia, es el ministerio de la Palabra. La iglesia local necesita este ministerio para asegurar su continuada existencia y para cumplir con su cometido en los planes de Dios. La iglesia local que no pone su énfasis sobre el ministerio de la Palabra no solo no sirve como iglesia; se suicida.

Desde un punto de vista, la iglesia local es una asociación voluntaria de espíritus afines; pero desde otro punto de vista no lo es. El creyente es llamado a ser miembro de la iglesia, y es su obligación como cristiano responder a este llamado entregándose a la autoridad del Salvador quien le compró. El voluntarismo no se extiende tanto como para que se pueda considerar que la autoridad en la iglesia local reside en los que voluntariamente forman parte de la institución. Nosotros nunca otorgamos la autoridad a Cristo; Él Mismo dijo, después de su resurrección, "toda potestad me es dada". La palabra griega que se emplea en este texto (*Mateo 28:18*) es exousia, cuyo significado principal es "autoridad". Cristo es el Rey, el Monarca, de la Iglesia, no elegido por medios democráticos, sino habiendo recibido su autoridad del Padre mismo. Una iglesia local es una asociación de creyentes, comprados por precio, quienes reconocen la soberana autoridad de Cristo en toda su vida, tanto en asuntos de lo que creen (su doctrina) como en lo que hace (su ética).

El Credo de los Apóstoles llama a esta asociación la "comunidad de los santos". Sería igualmente correcto llamarla la "comunidad" de los santos. La iglesia local, por su naturaleza, es una "comunidad". Su estructura le da consistencia y funcionalidad. La comunión o comunidad no existe sin estructura. La estructura de la iglesia local es lo que la identifica y le da personalidad e identidad. El reconocimiento de la autoridad, el señorío, de Jesús es lo que distingue la iglesia local de otras organizaciones e instituciones; es la base de su comunidad. Es no solamente lo que liga a cada miembro con la iglesia, sino también lo que liga a cada miembro con todos los otros miembros. Así como el reconocimiento del liderazgo del director de un grupo musical da personalidad y comunidad a la orquesta, o a un coro, ligando a cada participante con los otros, aún más el reconocimiento de la soberana autoridad de Cristo en la iglesia local es lo que hace que esta comunidad sea una "comunidad de los santos".

EL EJERCICIO DE AUTORIDAD EN LA IGLESIA LOCAL

Casi todos los cristianos están de acuerdo, por lo menos de palabra, en que Cristo es la suprema autoridad en la iglesia. Muchos, aunque no todos ellos, también estarían de acuerdo en afirmar que la Palabra de Cristo, la Biblia, es la expresión de esta autoridad. El problema no está en afirmar la autoridad de Cristo, sino en determinar cómo Cristo ejerce su autoridad en la iglesia. En cuanto a este punto encontramos varias opiniones.

Un error que, como muchos errores, tiene algo de la verdad es el concepto de que Cristo entregó su autoridad, para su ejercicio, a selectas personas, quiénes, entonces, podían hablar en el nombre de Cristo y con la autoridad (aunque limitada, por supuesto) de Cristo. El más notable exponente de este punto de vista es el catolicismo romano, pues los católicos insisten en que cuando Cristo dio las llaves del reino a Pedro, en efecto dio la autoridad de Cristo a la institución del papado. Este error está ampliamente difundido entre muchas iglesias, aun las evangélicas. En algunos casos el pastor insiste en que él habla con la autoridad de Cristo; en otros casos los ancianos o los obispos, o los superintendentes. En nuestra cultura esto casi nos parece razonable.

¿Algo de la verdad? --pueden preguntar-- ¿dónde se le encuentra en este sistema? La verdad está en que, aunque Cristo no entrega su autoridad a ningún ser humano, sin embargo, ejerce su

autoridad por medios humanos. Es cierto que la persona humana no tiene la autoridad de Cristo, sin embargo, algunas veces puede hablar con autoridad, en nombre de Cristo; cuando, por ejemplo, repite las palabras y las enseñanzas de Cristo. La autoridad no es del que habla sino de lo que dice, pero solamente cuando pueda decir "así ha dicho Cristo" --y que Cristo realmente lo haya dicho.

Cristo rige en la iglesia por medio de su Espíritu y su Palabra. Y estas dos cosas no son entidades separadas. Cuando un siervo del Señor, cumpliendo con la función a que fue llamado, repite, interpreta y aplica bien la Palabra de Cristo la autoridad de Cristo está ejercida por medios humanos, pero la autoridad sigue siendo de Cristo y no del instrumento humano. El Espíritu de Cristo está funcionando en todo el proceso, especialmente en el que oye, a fin de que reconozca la voz de Cristo en las palabras que escucha. Ahí encontramos la importancia de la fidelidad a la Palabra en toda predicación y enseñanza en la iglesia local. Solamente con una fiel exposición del pensamiento de Cristo, efectivamente reinará, o gobernará, Cristo mismo en las iglesias locales.

LA BÚSQUEDA DEL MODELO

Hay muchas actividades que tienen que ver con el gobierno de la iglesia y su organización. Son los que tienen que ver con el buen orden y con el cumplimiento del trabajo de la iglesia, pero que no son asuntos de autoridad. En estos asuntos las iglesias están libres para desarrollar su propia estructura, siempre y cuando no contradiga la enseñanza de Cristo.

Podemos afirmar, por ejemplo, que la Biblia, Palabra de Cristo, no dice que tenemos que tener reuniones congregacionales, tampoco habla de reuniones del consistorio, ni menciona el consistorio. No se puede probar por la Biblia que debe haber un consistorio en la iglesia local, ni una junta de diáconos. Es cierto que la Biblia, Palabra de Cristo, habla de los ancianos y diáconos, pero no de las juntas o consistorios. La Biblia no dice que las congregaciones, con todas sus organizaciones, deban estar bajo la jurisdicción del consistorio. Las iglesias, en especial en este caso, las iglesias presbiterianas, guiadas por el Espíritu Santo, han aplicado el modelo bíblico a sus situaciones y condiciones y han desarrollado estas estructuras, que no contradicen la Palabra de Cristo, como la mejor forma de aplicar su entendimiento de la operación interna de la iglesia.

Así como no construimos templos a la usanza de la iglesia primitiva, pues empleamos materiales y técnicas modernas; ni cantamos los mismos himnos, acompañados con los mismos instrumentos musicales, sino que aplicamos los mismos principios a otras situaciones y condiciones, así también podemos organizar la iglesia local, en sus situaciones y condiciones particulares, de acuerdo con los principios presentados en la Biblia, el conjunto de los cuales llamamos "modelo".

¿Cómo se debe organizar la sociedad de jóvenes? ¿Cuántas clases debe haber en la escuela dominical? ¿Quién debe dirigir la música en los cultos? ¿Cuál es el horario bíblico de los cultos? ¿Se debe estar sentados o parados para cantar, orar, leer la Biblia? Estas preguntas no encuentran respuesta en la Biblia, sino que tenemos que responder a ellas en términos del "modelo" de la iglesia local que llevamos en la mente, de acuerdo con nuestro entendimiento de las enseñanzas de Cristo, para aplicarlo a la situación particular en que nos encontramos.

Nuestra tarea es estudiar la Biblia, la Palabra de Cristo, a fin de que sepamos bien los principios enseñados en ella, para formar nuestro "modelo" y aplicarlo a nuestra situación. Hay muchos datos acerca de ancianos, diáconos, ministerio, etc., que tenemos que estudiar para hacer nuestro "modelo".

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 7

Lectura bíblica: I Timoteo 3:8-13; Tito 1:5-16

INTRODUCCION

Según el modelo bíblico, la iglesia local ha de tener ancianos y diáconos. La Biblia, aunque no especifica con precisión todas sus funciones, ni nos dice cuántos ha de haber, habla de su presencia en la iglesia. Por eso no puede haber duda sobre si deben de existir o no: tienen que existir en la iglesia local. El problema no está en tenerlos; sino que, teniéndolos, ¿qué vamos a hacer con ellos?

Las distintas tradiciones en la historia de la Iglesia han dado diferentes respuestas a esta pregunta. Los varios sistemas de gobierno tienen sus varias maneras de definir los términos usados y de describir sus funciones. Antes de profesar nuestra adhesión al sistema presbiteriano, para entender mejor su corrección y su utilidad, debemos tener un conocimiento de algunas de las opiniones de nuestros hermanos en la fe, (y de algunos otros que no son tan "hermanos").

Más importante aún, debemos tener claro en la mente los lineamientos bíblicos para formar nuestro modelo. Dentro de ellos tendremos que construir nuestro modelo. Desde luego, no vamos a ser originales; quedaremos contentos con lo que desde la Reforma Religiosa del siglo XVI se ha conocido como el modelo reformado o presbiteriano. Pero, a la vez, queremos estar seguros de las directivas bíblicas para asegurarnos de que no las contradecemos. Y no solamente no contradecirlas, sino que tenemos que tener principios compatibles con la naturaleza y forma del evangelio y la Iglesia que allí se presentan, y positivamente poner en práctica los principios que en la Biblia encontramos. A esto dedicamos esta lección.

LAS PALABRAS EMPLEADAS

Ya que la Biblia no especifica los deberes y funciones de los ancianos y diáconos, ni indica en qué son semejantes y diferentes estos oficios, nos parece posible encontrar la pista de la intención de Dios estudiando las palabras que la Biblia emplea para designar estos oficios.

Las dos palabras --diácono y anciano-- se empleaban en la cultura del imperio romano durante el tiempo de Cristo y del Nuevo Testamento. Las dos tienen acepciones en la vida secular de esa época, y las dos entran en el ámbito social que se ve reflejado en el Nuevo Testamento por medio de la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento, unos 250 años antes de Cristo), y, por esto, las dos tienen ciertas connotaciones religiosas en el Nuevo Testamento que no tendrían en el mundo secular de esta época.

Las dos palabras hallan su raíz en la forma verbal, o sea, en la acción, y este dato nos ayudará a encontrar las acepciones de los sustantivos. El primer vocablo que estudiaremos, la palabra "diácono", viene del verbo *diakonéō*, que quiere decir servir, atender, cuidar, proveer para y ministrar. *Diakonía* es el servicio provisto, el cuidado, el ministerio, la ayuda dada, la contribución, etc. El sustantivo *diákonos* es la persona que rinde el servicio, y muchas veces se traduce (correctamente) como "ministro". A veces, especialmente en el Nuevo Testamento, se emplea esta palabra en este sentido más formal, por ejemplo, en *Hechos 2:17, 6:4, 20:24, 21:19, Romanos 11:13, I Corintios 12:5, Efesios 4:12* y muchos versículos más.

Se ha hecho mucho énfasis sobre el hecho de que la palabra puede tener la acepción de "servir las mesas", basándose en *Hechos 6:2*, donde se traduce el verbo *diakonéō* como "servir". Pero es

una exageración decir que la palabra "diácono" quiere decir mesero, aunque haya algunos aspectos del concepto que vienen al caso. Lo importante es la doble orientación del mesero: sirve al patrón, pero atiende al cliente. Los dos aspectos son de sobresaliente importancia y hay que hacer énfasis en los dos: el diácono en la iglesia local sirve a su Señor, y lo hace atendiendo a los "clientes", los miembros de la iglesia. Sin embargo, aunque este aspecto del trabajo del mesero ilustre la obra del diácono, las otras connotaciones de las palabras "diácono" y "mesero" no concuerdan. (Podemos agregar aquí que muchos dicen que las personas a que se refiere en Hechos 6 son diáconos, pero el sustantivo *diakonos* no se aplica a los oficiales que fueron escogidos en este momento. Se argumenta que por el uso del verbo *diakoneo* se puede concluir que fueron diáconos, pero esta no es una conclusión válida ya que se emplea este verbo para muchos tipos de servicio y/o ministerio.)

En *Filipenses 1:1*, aprendemos que los diáconos se distinguían de los obispos, ya que Pablo les manda saludos a ellos como a grupos distintos. En *Efesios 6:21*, Pablo usa esta palabra (en griego; la traducción nuestra dice "ministro") para referirse a Tíquico; en *Colosenses 1:7*, vemos lo mismo con referencia a Epafras. El único otro texto del Nuevo Testamento dónde encontramos la palabra que puede referirse al oficio en la Iglesia está en *Romanos 16:1*. Este texto ha causado bastante comentario, ya que la palabra no es "diaconisa", como dicen nuestras versiones, sino "diácono", en seco, en su forma masculina. Algunos comentaristas afirman que aquí la palabra quiere decir sirvienta o criada; pero esto no cabe en el contexto, pues sea lo que fuera Febe, lo era en la Iglesia de Cencrea. Creo que debemos pensar que compartía el oficio con su marido (ya que el diácono debe ser "marido de una sola mujer), que también explica porque Pablo, cuando instruye a Timoteo y a Tito sobre los oficiales, pone requisitos también para las mujeres de ellos (*I Timoteo 3:11* y *Tito 2:3*).

Podemos concluir que la palabra "diácono" se refiere a una persona que atiende las necesidades de otra. Está al servicio de otras personas, funciona a favor de las otras, pero no necesariamente bajo los órdenes de ellas. En el Nuevo Testamento el diácono es uno de los "ministerios" que funciona dentro de la iglesia local. En este sentido el diácono es uno de los "ministros" de la iglesia. Cumplimos con el modelo bíblico cuando decimos que los diáconos son oficiales en la iglesia local, pues así se nos presentan en la Biblia.

La otra palabra, y el otro oficio, es *presbíteros*. Aunque el significado literal de esta palabra pudiera darse como "anciano", tenemos que distinguir esta palabra de *presbutees*, que quiere decir viejo, lleno de días, etc. Como hemos dicho antes, esta palabra, al igual que con diákonos, el significado viene de la forma verbal, *presbeúoo*. Esta palabra quiere decir "representar", "ser embajador" o "ser representante". La palabra griega *presbus* quiere decir embajador. Este concepto da las características especiales al oficio, y necesariamente la edad del oficial. El cúmulo de años no es el requisito principal, aunque se da por sentado un alto grado de madurez.

Los representantes del pueblo de Dios, en la organización de la sinagoga, son designados en la Septuaginta como presbíteros, y el conjunto de ellos es el presbiterio (*cf. Lucas 22:66* --donde en griego dice literalmente "reunido el presbiterio", en lugar de "se juntaron los ancianos"--, *Hechos 22:5* y *I Timoteo 4:14*). La idea de representatividad es importante para entender el papel del anciano: es mejor usar este concepto que el de senectud. Y esta idea, como veremos más tarde, es importante para entender la estructura del gobierno eclesiástico presbiteriano, en todos sus niveles.

En el ambiente de los inicios del Nuevo Testamento, o sea, en el lugar y tiempo de los ministerios de Jesús y de los apóstoles, la palabra "anciano" recibió su singular coloración de su uso en la sinagoga y en la sociedad judía en general. Las connotaciones de la palabra insinuaban sabiduría, paciencia, experiencia, y comprensión, o sea, todos los atributos de un buen consejero. Cuando, en este tiempo, se decía que se iba a consultar con el anciano se entendía que se hablaba de las cualidades mencionadas arriba, y no se pensaba en autoridad o en el ejercicio de influencia.

Entonces, podemos ver que un examen de las palabras empleadas para hablar de los oficios en la iglesia local nos da una idea de la función de estos oficios. Los diáconos se relacionan con un servicio atento, y los ancianos con la consejería, consolación y comprensión. Estas funciones varían, desde luego, de cultura en cultura, de sociedad en sociedad, de época en época, y aun, posiblemente, de congregación en congregación.

ALGUNAS FUNCIONES DESCRITAS

En el Nuevo Testamento, que es muy parco para darnos detalles del funcionamiento de los oficios, sin embargo, nos da cierta información por mención indirecta. Vamos a notar algunas de estas alusiones.

Muchos comentaristas, como ya hemos dicho, piensan que la descripción de funciones en Hechos 6 es lo que corresponde a los diáconos. Además esto ha llegado a ser el símbolo del oficio de diácono. Sin embargo, no podemos afirmar que así sea, ya que la Biblia en ningún lado dice que estos hombres elegidos para atender a las viudas eran diáconos. Lo que hicieron, no obstante, corresponde a los conceptos implícitos en la palabra "diácono". Tenemos todo derecho de usar esta actividad como pauta en la construcción del modelo de nuestra idea de lo que deben hacer los diáconos en la iglesia.

Hay otros ejemplos de la actividad de diácono que, a primera vista, parecen no venir al caso. En *Mateo 20:26-28* la palabra "servidor" o "siervo", por ejemplo, que se emplea varias veces, es diácono. Los ángeles, según *Hebreos 1:14*, son diáconos.

En cuanto a los ancianos hay más información. Tienen que cuidar la grey (*Hechos 20:28-31*); tienen que ser aptos para enseñar (*I Timoteo 3:2*), especialmente con su ejemplo (*I Pedro 5:1-3*); deben responder a la petición de los enfermos para ir con ellos a orar (*Santiago 5:14*). Su presencia es necesaria para que la iglesia sea iglesia (*Tito 1:5*); esto hace que los ancianos sean un "requisito organizacional" para la iglesia local.

Hay otra palabra, que el Nuevo Testamento emplea como sinónimo para anciano (*presbuteros*), esta palabra es *episcopos* (que es la raíz de nuestra palabra "obispo"). Es una palabra compuesta, que en latín salió como "supervisor". A los ancianos se les ha dado la supervisión de la iglesia local. El hecho de que las dos palabras --*presbuteros* y *episcopos*-- sean sinónimos es claro de *Tito 1: 5* y *7*, donde se emplean las dos palabras para referirse a la misma persona. En *Hechos 20* encontramos lo mismo: en el *versículo 17* Pablo llama a los **Ancianos** a que vayan a Mileto, y en el *versículo 28* les dice que el Espíritu Santo les ha puesto por **Obispos**.

El cumplimiento del papel de cada uno de estos oficios será diferente en cada cultura. Aun dentro de un mismo país habrá diferencias entre una cultura rural y una cultura urbana. El nivel social y económico hará variación en los quehaceres de los oficiales, haciendo que, de iglesia a iglesia haya diferentes descripciones de funciones. Los conceptos, sin embargo son claros en cada caso: los diáconos son "serviciales", sirviendo a Dios atendiendo a su pueblo, y los ancianos son los consejeros y supervisores que ayudan a los miembros a vivir como cristianos en una sociedad secular, donde es difícil hacerlo. Los ancianos tienen que "vigilar" por la grey. Esta grey es preciosa ya que Cristo la ganó con su propia sangre.

Debemos agregar que los oficiales son elementos importantes en la iglesia "visible", son la cara de la iglesia local. Los diáconos sobre todo, pero también los ancianos son el rostro de la iglesia local, para la iglesia misma y para el mundo.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm.8

Lectura bíblica: I Timoteo 4:6-16; II Timoteo 3:10 - 4:8

INTRODUCCIÓN

Hemos visto que en la iglesia local, para que sea una iglesia y para que funcione como tal, de acuerdo con el modelo bíblico ha de haber en ella ancianos y diáconos. También hemos visto que a los ancianos les fueron dadas las tareas de "supervisión" (de ser "obispos") y de ser consejeros; a los diáconos les fue dado el ministerio de servicio, aunque esta expresión es una redundancia, ya que las palabras "ministerio" y "servicio" son sinónimos, siendo las dos palabras traducción de la palabra griega *diakonía*.

También hemos afirmado que las distintas tradiciones eclesiásticas dan contenido concreto a estos términos de maneras diferentes. Aunque somos presbiterianos y aplicamos el modelo "presbiteriano" a nuestra práctica, convencidos de que este modelo cumple mejor con el patrón bíblico, esto no quiere decir que pensemos que las otras formas sean heréticas y que los creyentes de otras tradiciones dejen de ser cristianos por su forma de gobierno.

Tal como hemos explicado en otra lección, hay por lo menos un concepto de gobierno o autoridad en la iglesia local que no podemos aceptar como legítimo. Este concepto es el de "vicario de Dios" o "vicario de Cristo", que supone que Cristo haya delegado su propia autoridad a un hombre o a unos hombres. Este sistema rige en la iglesia romana oficialmente, pero también en varias iglesias evangélicas, aunque no oficialmente. Algunas comuniones atribuyen la autoridad de Cristo a sus ministros --usual en algunas comunidades "carismáticas"-- sobre todo si han manifestado ciertos "dones", o sea, la autoridad está en la persona y no en las palabras de Cristo. Es posible que ninguna denominación esté totalmente libre de este error, ya que la lucha por el poder es muchas veces --aun en la iglesia-- una manifestación del pecado con que Satanás tentó a nuestros primeros padres: "seréis como Dioses". Todavía esta tentación nos atrae.

La autoridad es de Cristo y nunca deja de ser de Cristo. Los que hablan en el nombre de Cristo ejercen la autoridad no porque la tengan, sino porque la autoridad de Cristo está en la Palabra de Cristo que comunican. Solamente al decir la Palabra de Cristo está presente la autoridad de Cristo. Es como un soldado raso que tiene la comisión de entregar un mensaje, llegando al lugar y a las gentes que tienen que obedecer el mensaje, dice "El General dice que ustedes tienen que moverse de este lugar a tal otro antes de la una de la tarde mañana". La autoridad no es del soldado raso, sino de las palabras del general. Lo más que puede hacer, y lo debe hacer con esmero, es repetir las palabras del general con exactitud, hasta con la misma entonación, en cuanto le sea posible. Así los que gobiernan en la iglesia local ejercen la autoridad de Cristo solamente cuando comunican con precisión la exacta voluntad de Cristo.

UNA FUNCIÓN ESPECIAL

Todo esto hace que, en las iglesias locales que no se preocupan demasiado sobre quién tiene la autoridad, el énfasis se coloque en la precisión de comunicar la Palabra de Cristo y no en el ejercicio de la autoridad. Vemos reflejada en el Nuevo Testamento (y no está ausente del Antiguo) la función de comunicar la Palabra de Cristo; es el ministerio de la Palabra. Según la frase de Pablo a Timoteo (*I Timoteo 5:17*) el ministerio de la Palabra es una especialidad que distingue las funciones de algunos ancianos de las de los otros. Timoteo, seguramente, cumplía con esta función. Esto lo podemos concluir de las instrucciones que Pablo dio a Timoteo (*ver I Timoteo 4:6-16*, especialmente los vv.13-16; *II Timoteo 4:1-5*). Parte del trabajo de esta función

es exhortar a los otros ancianos (*I Timoteo 5:1*) fuerte y públicamente si es necesario (*I Timoteo 5:20*). Pablo alude a esta función en *I Corintios 9:1-14*, aplicando el principio a su propio caso. Aunque él mismo no hizo uso de sus derechos (*v.12*), insiste en que son válidos para los que hacen este trabajo. Ello nos hace pensar que en las iglesias locales, ya en ese tiempo, el ministerio de la Palabra era una función especial (por no decir "oficio" especial). En *Gálatas 6:6* vemos otra alusión a esta función. Pedro hace énfasis sobre la preparación necesaria para este trabajo cuando habla de los "indoctos e inconstantes" (*II Pedro 3:16*). Parece que Pablo tiene el mismo sentir (*I Timoteo 1:6-7, 18-19, II Timoteo 1:13-14; 3:12-14*) dando énfasis sobre la correcta interpretación de la Palabra. En nuestro modelo novotestamentario de la iglesia local, en su organización, tenemos que incluir la función de la clara y profunda enseñanza de la Palabra. Esto no da una autoridad especial al que cumple con esta función; la autoridad no es de la persona del ministro de la Palabra, sino de la Palabra, haciendo más importante aún su clara y profunda comunicación.

Aquí podemos hacer un comentario relativo a la historia de la Iglesia. En muchas iglesias locales, especialmente en áreas rurales, que hasta tiempos recientes era donde la gran mayoría de la población vivía, por su preparación para interpretar las Escrituras, el ministro de la Palabra era la persona más preparada académicamente, no solamente en la iglesia, sino también en el pueblo o pequeña ciudad donde vivía. Sabía algo de leyes, de medicina, de economía, de psicología, de política, de historia, de matemáticas, etc., etc.; además sabía leer e informarse sobre los temas que concernía a la vida de su grey. Todo esto le daba al ministro de la Palabra una autoridad práctica que fue muy importante y de gran beneficio para el pueblo de Dios, pero que nada tenía que ver con los principios del gobierno eclesiástico. Sin embargo, en el manejo de la iglesia local esta situación daba al ministro una influencia exagerada en la administración de los asuntos de la iglesia local. Esto normalmente era de gran beneficio para la iglesia local, pero no está exento de algunos peligros. Esto explica, por ejemplo, la tremenda influencia que tuvo Juan Calvino en Ginebra, ya que era Doctor en Derecho y uno de los hombre más preparados en su tiempo, y de todos los tiempos.

Algunos pensadores hoy en día opinan que la iglesia evangélica, especialmente en nuestro país, debe hacer esfuerzos por regresar a esta situación, en que el ministro de la Palabra sea uno de las personas mejor preparadas en su iglesia local y en la localidad donde vive. Piensan que las escuelas de Teología deben mejorarse a tal grado que esta situación sea una realidad de nuevo. En esto la iglesia primitiva puede ser nuestro ejemplo; pues en ella ésta es la situación que prevalecía. Aun el Nuevo Testamento es frecuentemente malinterpretado en este punto. Los primeros predicadores no fueron conocidos por su ignorancia, sino porque su grande erudición y sabiduría no podían explicarse por las causas normales. Por eso la gente "reconocían que había estado con Jesús" (*Hechos 4:13*), o sea, con el mejor maestro de todos los tiempos. Toda la historia de la Iglesia, de las misiones y de la evangelización parece confirmar esta opinión, tal como lo hacen los estudios sobre el asunto que se han realizado actualmente. Parece pues importante que volvamos a acentuar la alta calidad en la enseñanza de la Palabra en las iglesias locales.

VARIAS INTERPRETACIONES

En algunas comuniones los ministros de la Palabra son los ancianos y solamente ellos. El ministro de la iglesia local (o los ministros si hay más de uno --solemos llamarlos "pastores"--) es el anciano y los demás oficiales son diáconos. No cabe duda que el ministro de la Palabra es un anciano, según el modelo primitivo de la iglesia local como ya hemos visto; pero también hemos notado que los distintos ancianos cumplen con funciones distintas, y una de las funciones es la de predicar y enseñar; hay otras funciones y otros ancianos. Muchos de nuestros hermanos los Bautistas están entre aquellos que identifican los ministros como los ancianos. A. H. Strong, uno de los más famosos teólogos bautistas de principio de este siglo, y un teólogo de singular competencia, en su obra maestra *Teología Sistemática* (pág.915), después de argumentar por la

postura descrita arriba, habla de un Sr. Wilson, autor de un libro sobre *Primitive Government of Christian Churches*, y dice: "Aunque fuera presbiteriano, consistentemente rehusaba tener ancianos gobernantes en su iglesia". (Yo diría que este Sr. Wilson fue presbiteriano solamente de nombre.)

Este concepto se une casi siempre con el tipo "congregacional" del gobierno de la iglesia local. En este sistema la congregación local, o sea, el conjunto de los feligreses de una iglesia, es la autoridad máxima. Como regla general no admiten como normativos los credos y confesiones de la Iglesia, y menos los acuerdos con los otros sectores de la Iglesia u otras congregaciones en cuanto al gobierno, lo que nosotros llamamos nuestra "Constitución". Nuestro amigo, Rolando Gutiérrez, en su libro *Creencias Bautistas* (pág. 79), lo dice de esta manera: "Es decir, no depende para su conducción de nada externo de la congregación misma, ya sean organizaciones humanas u otros organismos que pudieran darse; ya sean jerarquías o estructuras. Jerarquías como un papado, colegio cardenalicio o de obispos, como la iglesia romana; patriarcados, como la iglesia griega o la iglesia rusa; o episcopados propiamente hablando como el caso de la iglesia episcopal; o presbiterios, como los gobiernos presbiterianos; sino dependiendo solamente del Espíritu y la Palabra en su propia congregación." Esto hace que el pastor, que designa y nombra a los diáconos y a los otros oficiales, y los presenta a la congregación para su aprobación, es efectivamente el que gobierna a la iglesia local. Si la congregación en sus reuniones no aprueba a los designados por el pastor y si no aprueba sus planes de trabajo, el pastor normalmente tiene que salir. Si la congregación los aprueba, queda en manos del pastor toda la administración y organización de la iglesia. Los que abogan por este sistema están convencidos, por supuesto, de que éste es al modelo novotestamentario.

Casi al otro extremo está el sistema "episcopal". En nuestro ambiente encontramos este sistema puesto en práctica por nuestros hermanos metodistas, ya que la iglesia anglicana o episcopal no es muy conocida en México. En este sistema el gobierno de la iglesia local, aun para asuntos internos, está fuera de la congregación local. Los obispos, elegidos por una variante de procedimientos democráticos, tienen la autoridad en la iglesia. Las iglesias locales no llaman a sus propios pastores, sino que éstos son nombrados por los obispos, son enviados por ellos a las iglesias locales, y son una extensión de su autoridad. Sin embargo, una iglesia local puede pedir al obispo que nombre un pastor por el cual esta iglesia local tenga preferencia. Lo que pasa es que, con frecuencia, hay muchas iglesias locales que tienen preferencia por el mismo pastor, y entonces la mayoría de las iglesias locales tienen que quedar contentas con aquél que el obispo les manda.

Los cristianos que usan este sistema de gobierno y de especificar las funciones, deberes, derechos y autoridad de los oficiales creen, con toda seguridad, que este es el modelo bíblico para la operación de las iglesias locales. Aunque esté al otro extremo de la participación congregacional, el sistema episcopal tiene algo en común con el sistema congregacional: los dos identifican el oficio de anciano con la función docente o de predicación en la iglesia local. No toman en cuenta todos los indicios del Nuevo Testamento de una división de funciones dentro del mismo oficio de anciano, dejando la disciplina de la iglesia local en manos de los ancianos a la vez de ejercer en la iglesia el ministerio de la Palabra para asegurar la debida participación de los miembros en su auto-gobierno. Creo que este aspecto de la organización de la iglesia local está mejor logrado en el sistema presbiteriano, que también, creo, cumple mejor con el modelo bíblico. Este será tema de otra lección.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 9

Lectura bíblica: Hechos 15:1-35

INTRODUCCIÓN

Hasta este punto hemos usado la distinción entre "Iglesia" e "iglesia local" sin comentarla. Todos entienden que cuando hablamos de la "Iglesia" (así con mayúscula) hablamos de la totalidad del cuerpo de Cristo. También se puede usar el término con ciertas limitaciones temporales o geográficas, por ejemplo: "la Iglesia en el tiempo de los mártires" o "la Iglesia de Asia". Por otro lado, cuando hablamos de la iglesia local hablamos de una manifestación de la "Iglesia" en un cierto tiempo y un cierto lugar, lo que muchas veces llamamos "una congregación".

La palabra *ekklesia*, en griego, se refería a una asamblea local. El término no designaba una abstracción o una generalidad, sino a una reunión particular, concretamente localizada. El uso de la palabra en el sentido más general viene de su uso con referencia al pueblo de Dios. Solamente en este contexto hay "Iglesia" e "iglesias". Son dos realidades relacionadas pero distintas, y solamente en el contexto bíblico se emplea el mismo vocablo para las dos. Pero, ya que existen las dos realidades designadas por la palabra "iglesia", tenemos que enfocar nuestra atención sobre lo que significa para nosotros la distinción entre las dos entidades. De esto se trata la lección de hoy.

CONCEPTOS RELACIONADOS, PERO DISTINTOS

No cabe duda: cuando hablamos de la "Iglesia" o de las "iglesias" locales sabemos a qué nos referimos. Sin embargo, sabemos también que no estamos hablando de dos cosas totalmente diferentes y separadas cuando usamos los dos sentidos de este vocablo; sin embargo, tenemos que distinguir las entidades a que nos referimos. Aun en nuestra exégesis de las Escrituras tenemos que hacer la distinción entre los dos usos. Debemos entender claramente a cuál de las entidades se refiere el texto.

Pablo, en sus cartas, frecuentemente emplea la palabra *ekklesia* para designar las congregaciones locales. A veces emplea la palabra en plural (*Romanos 16:4; I Corintios 4:17; II Corintios 8:1; Gálatas 1:2*) y a veces en singular (*Romanos 16:1,5,23; I Corintios 1:2; I Tesalonicenses 1:1; Colosenses 4:16*). No puede haber duda de que en estos casos Pablo hace referencia a congregaciones locales.

Pero, el mismo Pablo, en las mismas cartas, emplea la palabra en función de la generalidad (*I Corintios 10:32; Efesios 1:22, 5:23, 25,27; Filipenses 3:6; Colosenses 1:18,24; I Timoteo 3:5,15*). Algunas veces es difícil distinguir el uso ya que los dos conceptos están parcialmente presentes en la palabra (*I Corintios 11:18,22; 14:4,5,12,19; III Juan 6,10*).

La iglesia local tiene que darse cuenta de que mientras cada iglesia local es toda una iglesia, no es toda la Iglesia. Baste en sí para ser una iglesia, pero no puede ignorar que es una manifestación de la Iglesia. Se puede dudar si una asamblea local es realmente una iglesia si no reconoce que es una manifestación de una realidad más grande, ya que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo en un sentido en que una iglesia local no lo es. Por otro lado, la presencia real de iglesias locales es la presencia del Cuerpo de Cristo en el mundo. El cuerpo de Cristo está presente por medio de (y en) las iglesias locales.

Aunque haya numerosas iglesias, esto no destruye la unidad de la Iglesia. La Iglesia es una, tal como confesamos en el Credo de los Apóstoles, ya que es la esposa del Cordero. Pero la única Iglesia se presenta en una multitud de congregaciones, asambleas locales, cada una de las cuales es completa en sí. Singularidad y pluralidad son características simultáneas del Cuerpo de Cristo.

LA RELACIÓN EXPRESADA

Todo lo que acabamos de decir hace que una iglesia local deba expresar, en su organización y actividad, su relación con la Iglesia. Los miembros mismos --ya que la Iglesia (y las iglesias) es el conjunto de sus miembros-- deben vivir, experimentar y manifestar esta verdad. La cuestión es ¿cómo hacerlo?

Las razones prácticas para establecer una expresión concreta de la relación entre iglesias locales son muchas e importantes. Hay tareas que muchas veces una iglesia local sola no puede hacer, proyectos de evangelización o de obra misionera que requieren más recursos de los que una iglesia sola tiene. Hay empresas necesarias en la Iglesia porque se trata de problemas o necesidades de toda la Iglesia. Para realizar todo ello las iglesias locales tienen que unirse, tanto como un asunto de "principio", o sea, para expresar su naturaleza como para solucionar sus problemas y cumplir con sus necesidades. Le conviene a la iglesia local unirse con otras.

La educación teológica, la preparación de pastores, es un proyecto que afecta a todas las iglesias y, a la vez, es un proyecto demasiado ambicioso para una sola iglesia, especialmente si se quiere hacer una obra de buena calidad. La producción de materiales educativos exige cooperación. Aun la publicación de un himnario presupone una necesidad colectiva y una colaboración mutua entre varias iglesias. Las iglesias, en su afán de penetrar su cultura con el evangelio y de desarrollarse a sí mismas para su tarea, pueden tener una amplia variedad de estos proyectos. Quizá una de las más urgentes razones de unión es la de la cooperación en la solución de problemas que se tienen en común. Estos problemas suelen tener trasfondos teológicos. Un buen ejemplo, que también nos sirve de modelo, es el primer concilio, realizado en el año 49, en Jerusalén, y relatado para nosotros en *Hechos 15*.

El asunto era "práctico" y doctrinal, a la vez, pero la solución era teológica. Se trataba de la naturaleza de la Iglesia y del contenido del evangelio. Las iglesias, reunidas en Iglesia, determinaron la naturaleza de la Iglesia. El concilio hizo una declaración doctrinal, dogmática, altamente teológica, diciendo que la Iglesia es universal y católica (o sea, compuesta de todas las naciones, tribus, lenguas y gentes). En términos de la teología actual, el asunto trataba al mismo tiempo de Antropología (la naturaleza del hombre), Soteriología (la naturaleza de la salvación, especialmente la conversión), y Eclesiología (la naturaleza de la Iglesia). La declaración doctrinal para solucionar el problema afectaría a toda la Iglesia.

Algunos "cristianos", mayormente de Jerusalén, enseñaban que una persona no podía ser cristiana sin ser primeramente judía (*v.1*). El poder del evangelio se había manifestado en que muchos gentiles se habían convertido y ya había congregaciones completas de gentiles, Antioquía, por ejemplo. Pero, ya había muchas más congregaciones. Pablo y Bernabé regresaron de su primer viaje misionero y podían informar del establecimiento de muchas iglesias locales. Ahora, ¿Qué harían con estos grupos? ¿Les podían permitir la entrada a la Iglesia y ser reconocidos como iglesias locales? Algunos (parece que fueron muchos) decían que solamente al ser circuncidados (que es sinécdoque, la parte por la totalidad, como iniciación en el judaísmo) podían ser salvos (asunto soteriológico). Otros, incluyendo a Pablo y a Bernabé, predicaban otra doctrina. El resultado fue "una discusión y contienda no pequeña".

Se convocó a una reunión para resolver el asunto. Esta reunión es de iglesias, pero más que de iglesias; en cierto sentido fue de la Iglesia. En esta reunión se solucionó el problema; se hizo

avance teológico; se aclaró el evangelio, y se determinó la naturaleza de la Iglesia. Esta reunión es "modelo" para la Iglesia. No sabemos si la reunión fue del presbiterio, del sínodo, de la asamblea general, o si fue de una convención o un congreso; pero sí sabemos que por medio de esta reunión la Iglesia habló.

LA APLICACION PRESBITERIANA

Hemos dicho "modelo". Esto quiere decir que aquí encontramos la pauta para poner en práctica sus principios, de acuerdo con nuestras circunstancias e idiosincrasias. Veamos cómo la Iglesia Presbiteriana aplica el modelo.

Empezamos con la iglesia local. Como asunto "convencional", o sea, "convenimos" en organizar la iglesia, poniendo al consistorio como la autoridad convencional de la iglesia local (ya aclaramos antes que ésta no es la autoridad de Cristo) eligiendo a sus miembros (los ancianos) en la forma en que convenimos, por el tiempo convenido (en nuestra iglesia es de tres años). El que es miembro de la iglesia local hace "convenio" de reconocer la autoridad de los oficiales, sabiendo que ellos representan, en una forma humana, los ministerios de Cristo en la Iglesia, y han convenido en cumplir con los deberes de su oficio, también descrito en una forma convencional. (Se nota aquí que hacemos énfasis en las palabras "convencional", "convenir", "han convenido" y "convenio". El concepto es muy importante: ser miembro o ser oficial de una iglesia local es un compromiso, un convenio, en que se cumple con la palabra dada.

Los ancianos son los representantes de la iglesia, hablan en nombre de la iglesia y organizan la iglesia para que ésta cumpla con su tarea. Tienen la supervisión espiritual sobre la iglesia local. En su conjunto oficialmente la representan y son los indicados para representar a la iglesia local y relacionarla con otras. Por elección del consistorio, un anciano gobernante, junto con el pastor (anciano docente), se relaciona con ancianos (docentes y gobernantes) de otras iglesias locales para formar un "presbiterio". Normalmente los presbiterios se forman por iglesias locales vecinas. Son las iglesias locales las que constituyen los presbiterios, por medio de sus representantes (ancianos). En el sistema presbiteriano, por convenio, es decir, según la constitución que hemos convenido en respetar, el anciano docente es miembro *ex officio* del presbiterio y el anciano gobernante es miembro del presbiterio por elección de su consistorio. De esta manera cada iglesia local tiene dos representantes en el presbiterio. Vemos entonces que esta "autoridad convencional", de que hablamos, se origina en el consistorio y es derivada en el presbiterio. La autoridad del presbiterio no es "superior" sino "más amplia" en el presbiterio.

El sínodo está compuesto de la misma manera, solamente que por medio de presbiterios, en lugar de iglesias locales. Normalmente tres o más presbiterios forman un sínodo. El principio de formación es el mismo que en el caso de los presbiterios; pero ya que está un paso más lejos del consistorio su autoridad convencional es todavía más derivada, sin embargo es todavía más amplia. De la misma manera que el presbiterio trata de problemas y proyectos que tienen que ver con todas las iglesias locales que lo forman, el sínodo trata con problemas y proyectos comunes a los presbiterios que lo integran.

La Asamblea General mantiene la misma relación con los sínodos que el sínodo tiene con los presbiterios, y los presbiterios con las iglesias locales. En el caso concreto de nuestra Asamblea General se busca también una representación más general admitiendo en su membresía a representantes de iglesias locales y otras organizaciones de la Iglesia. Pero el principio de representatividad es el mismo, y es lo importante. En este caso tenemos que notar que la autoridad de la Asamblea General es otorgada por las asambleas eclesiásticas anteriores, haciendo que su autoridad también sea derivada. Repetimos: la autoridad es original en el consistorio y derivada en las asambleas más amplias. Evita confusión el no usar los términos "superior" e "inferior" cuando se habla del gobierno de la Iglesia, aunque cuando hablamos de

las asambleas como un sistema de cortes de apelación se puede usar el concepto. Pero, esto lo tenemos que tratar en otra lección.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 10

Lectura bíblica: Romanos 15:25-26; I Corintios 16:1-4; II Corintios 8:1- 9:15

INTRODUCCIÓN

En la lección anterior hemos notado que la organización de las Iglesias Presbiterianas corresponde a un concepto de la relación que existe entre iglesias o, como lo hemos expresado, de la relación que se da entre las iglesias con la Iglesia. Se expresa la unidad de la Iglesia por medio de la organización. La autoridad de las asambleas --que nosotros llamamos autoridad "convencional", ya que las iglesias han "convenido" en otorgar a las asambleas esta autoridad-- es más bien de *amplitud*, y no de superioridad. Por eso llamamos a las otras asambleas, después del consistorio, cuya autoridad es original, "asambleas más *amplias*", ya que su autoridad es derivada, aunque se ejerce en una esfera más amplia. En el contexto del gobierno de la Iglesia la frase "más amplia" describe mejor el concepto presbiteriano que la palabra "superior".

Sin embargo, hay un sentido en que podemos usar la palabra "superior" en relación con las distintas asambleas. Tratando de un cierto tipo de problemas, mayormente en casos de disciplina, especialmente de ministros de la Palabra, o de herejías, o sea, serias equivocaciones de doctrina, las distintas asambleas funcionan como un sistema de cortes (o tribunales). Entonces, en este caso, si podemos usar la palabra "superior" para hablar de la autoridad de estas asambleas. Estas funciones de las asambleas eclesiásticas son de suma importancia para el bienestar de las iglesias y para su fortalecimiento; pero, no debemos olvidar que aun en estos casos se trata de una autoridad "convenida" o "convencional", y no absoluta.

Ya que hemos hablado de los principios que subyacen en nuestro concepto de las relaciones entre iglesias, y con la Iglesia, en esta lección queremos especificar algunas de las obligaciones que incumben a la iglesia local que se rija por este concepto.

SOSTEN MUTUO

Pablo, en sus cartas, insiste una y otra vez en que las iglesias deben ayudarse mutuamente. Un texto que usamos con frecuencia, pero fuera de su contexto, alude a esta obligación. En *II Corintios 9:7*, Pablo exhorta a los corintios a que determinen de antemano lo que iban a dar para la iglesia de Jerusalén (*I Corintios 16:1-4*), ya que esta iglesia pasaba por un situación de extrema necesidad económica. Debían orar sobre el asunto, definir lo que podían ofrendar y prepararlo para la venida de Pablo a fin de que éste pudiera llevarlo consigo, junto con Tito (*8:19*), a la iglesia de Jerusalén en su viaje hacia ella. Empieza su exhortación en *8:1* y continúa hasta el fin del capítulo 9. Informa a los creyentes en Corinto de la generosidad de las otras iglesias locales y alude a la práctica de que algunas iglesias locales ayudan a otras. La práctica está presentada como la más normal obligación de las iglesias; pues hubo precedente: la primera iglesia "misionera", la que envió a Pablo y a Bernabé como misioneros, también envió "socorro" a los hermanos de Jerusalén (*Hechos 11:29-30*).

No solamente debe de haber una ayuda económica entre las iglesias, sino también el compartir otros dones. Al final de su carta a los colosenses (*Colosenses 4:16*), Pablo les dice que deben compartir con los creyentes en Laodicea la carta que estuvieron leyendo, y los de Laodicea deban responder con la suya. De la misma manera al final de varias de sus cartas, da los saludos de una iglesia local a otra.

Las iglesias locales deben expresar su relación con la Iglesia no solamente en su organización, sino también en una disposición de ayudar a las iglesias que necesitan ayuda. Esta obligación no

es siempre fácil de cumplir. Requiere discreción y sabiduría debido a que las iglesias también son mayordomos de sus talentos y fondos y tienen que emplearlos dónde más bien puedan hacer. A veces una iglesia local tiene que decidir si la necesidad es más grande en un lugar o en otro, o posiblemente en su propia congregación. Sin embargo, la ayuda de una iglesia local para otra (u otras) es parte de la relación de la iglesia local con la Iglesia. Nosotros lo hemos experimentado.

La organización de las iglesias presbiterianas ayuda en la realización de este deber. El apoyo, canalizado, por ejemplo, por medio del presbiterio, o del sínodo, puede ser más grande y mejor aplicado que el apoyo que pueda dar una iglesia local de pocos recursos.

LA OBRA MISIONERA

Todas las iglesias tienen la misma tarea. No todas la van a realizar de la misma manera y en las mismas condiciones; sin embargo, todas tienen la misma obligación de cumplir con ella. Tenemos que notar la frase "*por medio de la iglesia*" en *Efesios 3:10*. Además de esforzarse en crecer y evangelizar, la iglesia local tiene que estar involucrada en una visión mundial --"*visión cósmica*"-- sería más correcto.

Algunas empresas misioneras son demasiado grandes para una sola iglesia local. Pero ninguna iglesia local puede disculparse por ello. Sabemos que la iglesia local de Antioquía envió a los primeros misioneros; sin embargo, Pablo dice, en su carta a los filipenses, que ninguna iglesia (¿implicando muchas?) ayudó tanto como la iglesia local de Filipos (*Filipenses 4:15-16*). Obviamente, ni la iglesia de Antioquía, ni la de Filipos, se disculparon por no poder hacerlo solas.

Cristo da a cada iglesia local la libertad para decidir a cuál proyecto y en cuál lugar van a destinar sus talentos y sus donativos. Esta libertad, sin embargo, tiene que tomarse en serio. No tiene que ser necesariamente hacia el extranjero dónde envíen sus misioneros y sus dineros, si las necesidades en el país son grandes. Pero, por el otro lado, no puede pensar solamente en su propio país si Cristo ha designado el evangelio para todas las tribus, naciones y lenguas, y si ha llamado a la Iglesia para ser el instrumento para que todos lo oigan.

Las iglesias locales deben esforzarse para saber lo más posible sobre la extensión del evangelio en nuestros tiempos. Tienen que saber de la historia de la expansión del cristianismo a fin de tomar decisiones correctas y de orar con conocimiento. (Aun las iglesias locales pequeñas, que no pueden ofrendar mucho, puedan orar con eficacia.) Las iglesias locales, para ser verdaderas iglesias, tienen que interesarse en la obra misionera.

La organización de las iglesias presbiterianas refleja esta necesidad. Además de la obra evangelística en la iglesia local, efectuada para que ésta crezca, la organización misma provee la oportunidad para una cooperación a un nivel regional en el presbiterio. A la vez al nivel del sínodo se puede extender este trabajo, reservando los proyectos cuyo alcance es mucho más extenso para la asamblea general. Las iglesias presbiterianas locales deben promover constantemente el uso de esta organización para la obra misionera.

PENETRACIÓN CULTURAL

Durante su ministerio en la tierra Cristo predicaba el "*evangelio del reino*". Los apóstoles, siguiendo su ejemplo, hacían lo mismo. Tenemos que preguntarnos ¿Qué es eso del Reino?

En un sentido, podemos decir que el Reino de Cristo es la aplicación de la soberanía de Cristo a todas las esferas de la actividad humana. Es el reconocimiento de parte de los creyentes de que todo pertenece legítimamente a Cristo y el esfuerzo de realizar esta verdad. En términos de la

predicación de Jesús, es la "invasión" del Salvador en la "casa" del hombre fuerte (*Mateo 12:25-29*), quien es identificado como Beelzebú (=Ba'al Zebú, "Dios de las moscas", o "del estiércol"; el nombre que los Judíos dieron a Satanás), el usurpador. La obra de Cristo el Rey es la de reclamar lo suyo, de restaurar lo destruido, y vencer al enemigo.

Aunque nuestra cultura --la civilización occidental-- tiene dentro de ella algunos elementos cristianos, es, como todas las culturas del mundo, esencialmente pagana. Un poco menos que algunas otras, quizá, pero perversa y anticristiana también. Ningún gobierno de ningún país --sea monarquía, dictadura, democracia, capitalista o socialista-- tiene por fin declarado el buscar primeramente el Reino de Dios. Ninguna sociedad secular tiene como su consciente intención el promover el Reino de Cristo. Es, entonces, la tarea de la Iglesia, y de todas las iglesias locales, penetrar, en nombre de Cristo, estas culturas, invadiéndolas de la misma manera que Cristo entró en la casa de Satanás. La penetración cultural, muy ligada con la obra evangelística y misionera, es una tarea ineludible de la Iglesia Cristiana y, por esto, de todas las iglesias locales.

Cada iglesia local tiene que hacer lo que pueda. Los "Embajadores del Rey" y la "Sociedad de Matrimonios", en nuestra iglesia, se dirigen a la sociedad en nombre de Cristo. Su afán es penetrar en la cultura actual, reclamándola en nombre de su verdadero Rey, dirigiendo sus esfuerzos a algunos problemas que afligen a toda la cultura. Este tipo de actividad es una apremiante necesidad para todas las iglesias locales.

Pero, lo que puede hacer una iglesia local es muy limitado. Hará lo que pueda, en obediencia a su Señor, y a veces descubrirá que puede hacer mucho más de lo que pensaba posible; pero encontrará que sus recursos son muy limitados. Esta tarea requiere la cooperación de otras iglesias locales en un esfuerzo organizado y estructurado. Las iglesias presbiterianas ven en las Escrituras un modelo de organización que les conduce a afirmar una organización de gobierno eclesiástico, que también sirve admirablemente para concertar la cooperación necesaria para una penetración cultural a un nivel más grande y eficaz de lo que se realiza a nivel de la iglesia local.

¿Cuáles serían algunos de estos proyectos? No tenemos que imaginar puros proyectos posibles. La iglesia, a lo largo de su historia, ha trabajado en este campo. El establecimiento de escuelas y hospitales ha sido costumbre de la Iglesia desde tiempos tempranos en la historia de la Iglesia. Orfanatorios también adornan la historia de la Iglesia. Muchas de las grandes universidades, aun aquellas que han dejado la fe cristiana, son producto del afán cristiano por la penetración cultural. La Reforma religiosa del siglo XVI ha sido especialmente fructífera para producir universidades. Sería muy difícil para una sola iglesia local, por más grande que sea, establecer un hospital o una universidad, pero las iglesias en concierto lo pueden hacer. Otra vez, el gobierno eclesiástico presbiteriano ya tiene el mecanismo para iniciar estos proyectos.

La publicación de literatura cristiana, que puede ser un proyecto grande, es difícil de lograr a nivel local. Muchas denominaciones, como la nuestra, tienen su casa de publicaciones. Gracias a Dios por ellas. Existen, además de EL FARO, La Casa Bautista de Publicaciones, La Casa Nazarena, Methopres, y otras, que hacen un trabajo loable; pero se necesita mucho más. Un esfuerzo concertado de las iglesias ya unidas en una organización eclesiástica puede hacer una notable penetración cultural por este medio.

También podemos hablar de la producción de películas, programas de radio y televisión, de la renta de auditorios grandes para espectáculos cristianos, o de la construcción de ellos: estas y muchas más son posibilidades si las iglesias locales están activas en la obra de penetración cultural, y si podemos activar nuestros cuerpos eclesiásticos para la extensión del Reino de Cristo, por medio de la penetración cultural.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 11

Lectura bíblica: Hechos 8: 4-25; Ezequiel 37:1-14

INTRODUCCIÓN

Hasta ahora, en estas lecciones, hemos hablado de la iglesia local en términos de la iglesia como institución u organización. Pero sabemos que la Iglesia, además de institución (u organización) existe también como organismo. Cada iglesia local también existe en estos dos aspectos: como organismo y como organización. En esta lección empezaremos a hablar de la iglesia local como un organismo.

En primer lugar, por ser lo básico, en esta lección queremos fijar nuestra atención en el hecho de que las iglesias locales, de la misma manera que la Iglesia, son creaciones del Espíritu Santo, hechas para ser su morada. Cada iglesia local es un organismo porque es una comunidad del Espíritu Santo.

* * *

Había una vez un hombre que se llamaba Simón. Era muy conocido en su pueblo (Samaria) y tenía mucha influencia en él. Todos pensaban que era algún grande y que tenía el poder de Dios. Engañaba a la gente con sus trucos mágicos, pues era experto en su manejo. Le daba satisfacción ser el número uno en el gremio de los magos.

Como cualquier operador alerta, sabía de la competencia y, por lo general, la controlaba. Cuando oyó de un señor, de nombre Felipe, que hacía milagros, se apuró para investigar. Los rumores tenían base. Encontró a Felipe quien anunciaba el reino de Cristo, la manifestación del poder de Dios entre los hombres. Su magia no podía igualar a lo que hacía Felipe, y los efectos del mensaje de Felipe dejaron atónito a Simón. El anuncio del Reino convencía con tanta eficacia que los hombres y mujeres se bautizaban. Simón mismo se bautizó.

El poder que Felipe manejaba interesó a Simón. Ser tomado por grande era su profesión y su afán, y aquí se le presentaba un nuevo y mejor camino.

Las noticias de lo que pasaba en Samaria llegaron a Jerusalén. Al oír la noticia, la iglesia de Jerusalén fue pronta en actuar. Mandaron dos de los Apóstoles, a Pedro y a Juan, para ver este nuevo brote, totalmente inesperado, del cristianismo. Cuando vieron que los de Samaria eran creyentes de verdad, Juan y Pedro, después de orar con ellos y, seguramente, después de explicar con más detalle el evangelio en que ellos creían, les "imponían" las manos, y los nuevos creyentes recibieron el Espíritu Santo. No sabemos precisamente cómo el Espíritu Santo manifestaba su presencia en los nuevos creyentes, pero Simón lo notó y quiso tener el poder que tenían los apóstoles. Les ofreció dinero a los apóstoles para recibirlo. Y Pedro, nunca conocido por su exceso de tacto, reacciona con su acostumbrado vigor. Le dice, "muérete tú con tu dinero".

El pecado de "simonía" (el de comprar oficio en la iglesia por dinero) lleva el nombre de Simón. Fue muy practicado en la edad media y es una de las causas que llevaba hacia la necesidad de la Reforma religiosa del siglo XVI.

Esta historia bíblica nos hace recordar que el Espíritu Santo fue palpablemente presente en la iglesia novotestamentaria. La iglesia estuvo llena del poder del Espíritu, a tal grado que personas como Simón lo podían percibir. Es cierto que algunas señales --llamadas "señales de apóstol" (*II Corintios 12:12*)-- fueron distintivas de la época apostólica; pero el "don del

Espíritu Santo" es para toda la Iglesia, de todos los tiempos, y debe ser visible en su vida y en sus miembros.

* * *

A veces la búsqueda del Espíritu está mal enfocada. Lo buscamos en la experiencia, ya que vivimos en una época que exagera el valor de las experiencias. Buscamos la verdad en el éxtasis, y confundimos el éxtasis con una experiencia espiritual. El Espíritu Santo no es un producto para ser utilizado para producir una "exaltación espiritual", para estar en "éxtasis", fuera de sí ("ex" =fuera + "stasis"=estar); sino que el Espíritu hace a uno más cuerdo y templado (ver el fruto del Espíritu en *Gálatas 5:22-23*), con una buena medida de "auto-dominio", o "dominio propio".

El Espíritu Santo está en la iglesia; ya que la iglesia es la comunidad del Espíritu, no lo tenemos que comprar, ni merecer, ni lo podemos conseguir con algún rito o ejercicio. La Iglesia ya posee al Espíritu, pero solamente si la Iglesia es primeramente poseída por el Espíritu.

LA IGLESIA DEL ESPÍRITU

Cada iglesia local es una creación del Dios Trino (tal como la Iglesia es su creación; pues si una lo es, la otra también). La Iglesia como creación del Padre es la "familia de Dios, su pueblo y su especial tesoro. Como creación del Hijo es su posesión, comprada por su sangre, su cuerpo y su reino. Como creación del Espíritu Santo, la Iglesia es una nueva creación, renovada en la imagen de Cristo, una comunión de los santos y morada de Dios en el Espíritu. La Iglesia es todo esto, a la vez y continuamente.

La Iglesia no deja de ser el pueblo de Dios para ser el cuerpo de Cristo; ni deja de ser la "pequeña manada" de Cristo para ser la comunión del Espíritu. Más bien, al través de la historia, se va realizando cada uno de los aspectos de la Iglesia como una manifestación de la obra salvadora del Dios Trino. Y esta realización es obra del Espíritu Santo. Esta obra del Espíritu Santo fue profetizada (*Ezequiel 37:1-14*) en el tiempo del exilio y (en parte) como una promesa de Dios mismo de que su pueblo, la iglesia en el Antiguo Testamento, regresaría a su tierra y experimentaría el cumplimiento de todo lo que le fue prometido.

El gran día de que hablaron los profetas es la época del Espíritu, cuando Dios crea un organismo vivo de los huesos muertos. Este es el mensaje de Pedro en el día de Pentecostés, tal como fue también el mensaje de Juan Bautista. Este bautizaba con agua, pero prometió que vendría Aquel que bautizaría con el Espíritu y con fuego. Jesús, después de la resurrección, dijo a sus discípulos que esperaran en Jerusalén para recibir la promesa del Padre. Esta promesa fue el Espíritu Santo.

En la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, Dios mismo vino a morar con su pueblo. El sonido del viento y las lenguas de fuego traen a la memoria la venida de Dios a morar con su pueblo (*Éxodo 19:18; 20:18*). En Pentecostés el Espíritu de Dios entra en su nuevo templo, la Iglesia, su nueva morada. Da a sus discípulos el don de hablar y a los oyentes el don de oír a fin de que la Iglesia tenga sus correctas dimensiones universales.

El Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, es también el Espíritu de Cristo (*Romanos 8:9*). Solamente porque vino Jesús, el Espíritu también pudo venir. El Espíritu Santo es el don, el regalo, que el Hijo nos da desde su trono de gloria (*Hechos 2:33*). Jesús dio esta promesa a sus discípulos: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (*Juan 14:18*). He aquí el misterio de la Trinidad: Jesús habla del Espíritu Santo como el "otro" consolador" y, al mismo tiempo, afirma que la venida del Espíritu es su propia venida. En *Romanos 8:9* Pablo llama al Espíritu el Espíritu de Cristo. El Espíritu hace que estén presentes en la Iglesia tanto el Padre como el Hijo.

El Espíritu Santo no es el sustituto de la presencia del Padre o del Hijo, sino es la garantía de la presencia del Dios Trino. Jesús dijo a sus discípulos que debían desear su salida del mundo a fin de que tuvieran la plenitud de la presencia divina en el Espíritu (*Juan 16:7*).

Las palabras "plenitud" y "cumplimiento" son la clave para el pleno entendimiento de la presencia divina en la Iglesia, y en las iglesias locales. El Espíritu viene y hace su morada. Viene para quedarse. La comunión entre Dios y la humanidad redimida es restaurada, ya no en sombras, símbolos y figuras, sino en realidad. Cristo bautiza con el Espíritu, el bautismo en que Dios se identifica completamente con su pueblo y está presente en el corazón de cada creyente. Tanto individual como colectivamente los creyentes son la morada de Dios en el Espíritu (*Efesios 2:21-22; cf. Romanos 8:9,11; I Corintios 3:16; 6:19*). La vida que el Espíritu da es la vida de la época nueva, la nueva creación (*Romanos 8:18-23*). Con la presencia del Espíritu podemos decir que el último tiempo ha venido, ya llegó (*Hechos 2:17*). La presencia del Espíritu es la manifestación del reino del Señor resucitado; su Reino ya está inaugurado (*Hechos 2:22-24; 31-36*). Los que tienen la comunión (o la participación) del Espíritu participan en las glorias (los poderes) de la edad venidera (*Hebreos 6:4-5*).

El Jesucristo a quien los cielos recibieron vendrá de nuevo. La presencia del Espíritu de Cristo conecta la segunda venida con la primera. Esta última época, la época del Reino, es la época del Espíritu. Pablo habla de la presencia del Espíritu en la Iglesia como las "arras" (*II Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:14*), el "enganche" de la redención completa. Las "arras", o el "enganche", son más que una promesa de que se va a pagar; es el inicio del pago, en la moneda del pago; va en función del pago final.

El Espíritu es el Espíritu de la gloria venidera. Con la presencia del Espíritu percibimos y experimentamos la gloria venidera; es un anticipo del cielo. Es la experiencia de que se ha inaugurado el Reino; el Reino, aunque no en toda su plenitud, ya está presente. La gloria del cielo es la plenitud de la comunión que ahora tenemos con el Espíritu, en la comunión en la iglesia local. La bendición que nos espera es la plenitud de lo que tenemos ahora. La cosecha completa todavía nos espera, pero ya tenemos las "primicias", el anticipo realizado (*cf. Romanos 8:23*). Esta experiencia es las "arras", la seguridad de que participaremos en la nueva creación, totalmente "libertada de la esclavitud de corrupción" para gozar la libertad del pueblo de Dios (*Romanos 8:21*).

EL ESPIRITU LLENA LA IGLESIA

Debido a que el Señor Jesucristo, nuestro Salvador, está personalmente presente como el Espíritu, la comunión en (y con) el Espíritu es comunión con Él. Lo conocemos como nuestro dueño, el que nos compró. Somos su posesión. Nos apartó para una relación especial con Él. Somos santificados para Él. Para eso nos dio el Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo no es simplemente un regalo, un don; sino al darnos *su* Espíritu se nos dio a sí mismo. Nos dio al donador mismo. "Cristo en nosotros; la esperanza de gloria".

Por naturaleza, creados a la imagen de Dios, no somos computadoras ni bestias; somos seres espirituales. La comunión espiritual tiene que ver con nuestra naturaleza; está relacionada con lo que somos. La presencia del Espíritu en nosotros, en que fuimos edificados en una morada de Dios en el Espíritu, no es algo agregado, un anexo a nuestro ser y ajeno a él. Más bien la comunión con el Espíritu es lo que fuimos creados a ser. Ser morada de Dios en el Espíritu es nuestra esencia desde la creación.

El Espíritu Santo es personal, pero es más que personal en el sentido finito humano; nunca menos. No debemos despersonalizar el Espíritu Santo. Al través de la historia de la Iglesia ha habido intentos de hacerlo, y los "Testigos de Jehová" lo hacen hoy en día, pero siempre es un error grave. (continuará)

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 12

Lectura bíblica: Romanos 8:1-18; Gálatas 4:1-7; Efesios 4:1-32

INTRODUCCIÓN

Estamos a la mitad de un estudio sobre la iglesia local como un organismo, distinguiéndola de una organización, ya que la iglesia local es ambas cosas. Sin embargo, nos conviene separar estos dos aspectos de la iglesia para estudiarla. Es organismo creado y animado por el Espíritu Santo, y es su morada. La iglesia es la iglesia del Espíritu, y es Iglesia precisamente por ser habitada por el Espíritu Santo.

Llegamos, en nuestro estudio, al punto que afirma que "El Espíritu llena la Iglesia". La íntima relación entre el espíritu y el Hijo hace que la comunión con nuestro Salvador sea comunión en su Espíritu. Siendo seres espirituales --creados así-- es de nuestra naturaleza, como seres humanos, tener esta comunión. Somos por naturaleza morada de Dios en el Espíritu.

La comunión con el Espíritu es una verdadera comunión, esto es, una relación personal, de tú/yo. El Espíritu Santo es personal. Es capaz de llevar a cabo relaciones personales. Si hablamos de Él como la "viva fuerza de Dios", como lo hacen los llamados Testigos de Jehová, lo despersonalizamos y hacemos imposible una verdadera comunión. No son ellos los únicos que lo hacen, pero son los más conocidos entre nosotros. Otros lo convierten en una razón abstracta o en el "principio de racionalidad", y todavía otros lo presentan como una "energía cósmica". También hay aquellos que lo ofrecen como un producto repartido por charlatanes religiosos o algo que podemos alcanzar por meditaciones y técnicas especiales. Todo esto es peligroso, y uno de los primeros efectos es el de despreciar la comunión de la iglesia, la morada del Espíritu, y la obra del Espíritu en la iglesia misma.

Pablo hace referencia a los efectos personales de la presencia del Espíritu, en *Efesios 5:18*, cuando contrasta los efectos del vino con la dirección interna del Espíritu Santo. Muchos pensaban en aquel entonces que el vino llevaba dentro de sí algún "espíritu", y en las sociedades primitivas esta idea todavía se halla hoy en día. En los grupos de artistas, poetas sobre todo, todavía muchos piensan que el alcohol les da cierta "inspiración". El concepto quedó en nuestro lenguaje, y todavía se habla de "bebidas espirituosas". Algunos exégetas hoy en día dicen que el cristiano debe ser "borracho" del Espíritu Santo, suponiendo que los efectos del Espíritu son semejantes a los del vino. Pero el ser lleno del Espíritu es lo contrario de la "disolución" del vino; más bien, es tener dominio propio, auto control, características en que Pablo siempre insistía como manifestación de la presencia del Espíritu. Podemos notar en *Gálatas 5:19-23* que la borrachera está en la lista de las obras de la carne y no en el fruto del Espíritu (*5:18*).

Debemos notar la amplitud del lenguaje figurado que la Biblia emplea para hablar de la obra del Espíritu Santo en el creyente y en la Iglesia. El Espíritu mismo se representa con figuras: la paloma en el bautismo de Jesús, las lenguas de fuego en el Pentecostés, el viento en Pentecostés también y en las enseñanzas de Jesús, etc. También el lenguaje que habla del Espíritu siendo "derramado" como agua, y nosotros siendo llenos del Espíritu es lenguaje figurado. O sea, lenguaje adaptado a nuestro entendimiento, ya que entendemos por medio de figuras. No podemos pensar en el Espíritu y olvidar la presencia personal del Salvador y nuestra comunión con Él si queremos una espiritualidad realmente cristiana. Ser lleno del Espíritu no es como una inyección o como una descarga eléctrica, sino ser lleno de Cristo (*Efesios 1:23*) y de la plenitud de Dios (*Efesios 3:19*). El cuerpo de Cristo, la Iglesia, es, como acabamos de notar "la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo".

El Señor Jesús, quien llena todo el universo y los cielos con su poder y gloria, también llena la Iglesia. Le da los dones del Espíritu (*Efesios 4:7-8*) a fin de que "lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, (hasta que lleguemos a ser) un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (*Eesios.4:13*). Ser lleno del Espíritu es ser lleno de Cristo, y ser lleno de Cristo es ser lleno del Espíritu. La iglesia local en que está Cristo también es la morada de Dios en el Espíritu.

Ser lleno de Cristo y del Espíritu es conocer el amor de Cristo. Ser lleno del Espíritu es conocer a Dios en el sentido de "Dios es Amor". La iglesia local que tiene el Espíritu vive en el amor de Dios, y sus miembros también. Vivir en el amor de Dios no es solamente estar consciente de su gran amor para con nosotros, sino también vivir este amor como una práctica entre la comunidad. Más que una experiencia extática o de un emocionalismo excesivo, la presencia del Espíritu se manifiesta en comunidad y amor. El Espíritu nos une con el Cuerpo de Cristo, y así con Cristo mismo, en el amor del Padre. El que busca las manifestaciones del Espíritu fuera del Cuerpo de Cristo encontrará otras manifestaciones, porque el Espíritu tiene su morada en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Ahí está la manifestación del amor del Padre, experimentado en la comunidad del Espíritu.

COMUNIÓN (PARTICIPACIÓN) EN EL ESPÍRITU

Si el pastor, al pronunciar la bendición, dijera "La gracia de nuestro Señor Jesucristo; el Amor de Dios el Padre, y el comunismo del Espíritu Santo...", pensarían ustedes que al pastor se le había trabado la lengua, como le pasa a veces, y no pensarían más en el asunto. La palabra no es "comunismo" sino "comunidad" (o participación, según la expresión más antigua), pero no sería una equivocación total. Las dos palabras vienen de la misma raíz y tienen mucho del mismo sentido. La palabra "comunismo" viene de la idea, algo utópica, de la posibilidad de que todos los seres humanos tengan todas las cosas en común y así formen una verdadera comunidad. La equivocación de los que así pensaban es que hablaban de cosas materiales y no de las espirituales. Pero, hay un sentido en que podemos decir que el Espíritu Santo nos trae un comunismo espiritual, nos constituye en una verdadera comunidad y participamos en la misma vida en Cristo. Es el Espíritu Santo quien lo realiza en nosotros.

¿Que quiera decir "la comunión"? Para muchas personas esta palabra no tiene un significado en particular, lo toman como un sinónimo de compañerismo. Hay cierta relación entre estas palabras; son sinónimos, pero la palabra "compañerismo" no es suficiente para llevar toda la carga semántica de la palabra "comunidad".

La palabra "comunidad" (*koinonía*, en griego), que quiere decir "tener en común", significa "participar en algo, junto con otros", y esta participación es lo que los que experimentan la comunión tienen en común. La palabra es traducida "participación" en *II Corintios 8:4*. Ahí vemos que los miembros de la iglesia de Macedonia pidieron esta comunión, y lo hicieron "con muchos ruegos". Es evidente que aquí se habla de algo más profundo que un "compañerismo". Se refiere al deseo de juntarse con otros para llevar a cabo algo; en este caso levantar una ofrenda para los pobres en Jerusalén. En la bendición apostólica se habla más bien de participar en lo que el Espíritu da. Seguramente tiene que ver con participar en una vida y sus bendiciones. Es más que un mero compañerismo.

La comunión del Espíritu es la "comunidad de los santos" de que habla el Credo de Apóstoles. La comunión del Espíritu nos liga con Dios y con su pueblo; es una relación vertical y horizontal. Participar en la iglesia local es participar en una vida en común. Todos tenemos la misma vida (*Juan 15:1-6*); participamos en la vida de Jesús y su vida está en cada uno de nosotros los creyentes. Esta es la comunión del Espíritu.

Esto es mucho más que tener unas cuantas experiencias en común; sino que somos participantes de la misma vida. Somos una nueva creación en Cristo que es una verdad, pero no necesariamente una experiencia. La experiencia de la comunión es un resultado de la verdad, no la causa de ella. La comunión se debe a la relación con Cristo y no es como un resultado de prácticas y ritos. Pero esta comunión produce la experiencia, que es un compañerismo, del mejor tipo. Una vez que sabemos que participamos en la misma vida, compartimos también las otras cosas. En las iglesias locales primitivas los miembros compartieron su pan y sus propiedades porque ya habían entendido la verdad de la comunión de los santos.

La comunión creada por el Espíritu Santo incluye la seguridad de que pertenecemos a Cristo y, por esto, a su Cuerpo. Somos, por esta comunión, el pueblo de Dios, y nos conocemos, nos identificamos, como su pueblo. Un aspecto importante de esta obra del Espíritu Santo es el testimonio que Él nos da de que somos "hijos de Dios" (*Romanos 8:14-17; Gálatas 4:6*). Somos la familia de Dios (*Efesios 2:19*), que es la familia de la fe (*Gálatas 6:10*). Esta seguridad de que pertenecemos a Cristo es expresada como el ser "sellados" por el Espíritu (*II Corintios 1:22; Efesios 4:30*). Esto no es una marca en la frente o un distintivo en la mano, ni aún un gafete para identificarnos; más bien es la convicción, forjada en nosotros por la Palabra, como instrumento del Espíritu, de que somos de Cristo y pertenecemos a su Cuerpo.

No hay nada etéreo o impráctico en la comunión del Espíritu. Somos coherederos con Cristo de las glorias venideras, pero también de las presentes aflicciones (*Romanos 8:17-18*). El gozo es fruto del Espíritu, pero es un gozo profundo y solemne, en medio de aflicción (*I Tesalonicenses 1:6*); no es un constante éxtasis. La participación en el Espíritu nos trae la compasión de Cristo en todas nuestras tristezas, sana nuestras heridas y nos da un anticipo del puro gozo del cielo. La espada del Espíritu, por medio de la cual efectúa su obra, penetra en el corazón, trae la tristeza del conocimiento del pecado, provoca el arrepentimiento, aporta la sincera convicción de la eficacia de la obra de Jesús y de la realidad del perdón. Limpia nuestra mente con la verdad pura, y fija nuestra atención en Cristo a fin de que nos realicemos como miembros de la comunidad del Espíritu, o sea, de la iglesia local.

Todo esto hace que nos percatemos de la importancia de una de las marcas de la Iglesia, y de cada iglesia local, esta es la predicación de la Palabra. Donde la Palabra de Dios es predicada en su pureza, ahí está la iglesia. La característica sobresaliente del Cuerpo de Cristo, la comunidad de creyentes, la comunión de los santos es que es una comunidad de "la espada del Espíritu"; ahí está el ministerio de la Palabra. La Palabra, que los creyentes oyen y viven, es lo que hace la comunión en el Espíritu.

La Espada del Espíritu lleva fruto en la vida del creyente, en nuestras vidas. Nos hace cada vez más como Cristo, y cada vez nos hace más semejantes entre nosotros. Tenemos una semejanza "familiar"; los "hermanos" nos parecemos. Esta espada, la Palabra, nos transforma en la imagen de Cristo. El amor del Espíritu une a la iglesia en un solo cuerpo, venciendo luchas y amarguras; la sabiduría del Espíritu guía a la iglesia en el vivir obediente, y el celo del Espíritu nos empuja a dar testimonio para Cristo. Los cristianos, bajo la dirección del Espíritu, por su espada, aprenden a ministrarse (pastorearse) los unos a los otros, mutuamente, encontrando así consuelo y poder para sobrellevar las cargas, los unos a los otros.

El Espíritu es Espíritu de orden y ardor, de doctrina y vida, de fe y práctica. El Espíritu da la disciplina espiritual que convierte a un grupo de gente rebelde en su propio templo, y en este templo constantemente se oye la voz del Dios que, en el Espíritu, los creyentes adoran. Y lo hacen en comunidad, participando en el Espíritu y en la "comunión del Espíritu Santo".

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 13

Lectura bíblica: los pasajes mencionados en el texto de la lección.

INTRODUCCIÓN

Se ha hablado de la iglesia local en términos de los tres "autos". Se dice que cada iglesia local debe ser auto-gobernada, debe ser auto-propagada y auto-sostenida. Esto es, cada iglesia local debe gobernarse a sí misma, debe propagarse por sí misma, y sostenerse a sí misma. Del primer atributo ya hemos hablado; hemos mencionado en detalle cómo las iglesias presbiterianas locales se gobiernan. Nos faltan el segundo y el tercero: el de propagarse por sí misma, que es la evangelización, y el de sostenerse. Este último es el tema de esta lección. Vamos estudiar la obligación de la iglesia local de "auto"sostenerse.

I. LA FINALIDAD DE SOSTENER LA IGLESIA

La necesidad de sostener a la iglesia brota de la naturaleza de ésta. Fue creada para ser un organismo activo. Es llamada a servir. El origen de la iglesia está en su llamamiento, tal como cada cristiano llega a serlo por su llamamiento. El ser llamado a ser salvo es ser llamado a participar en la Iglesia. El que es llamado a ser salvo es salvo por estar unido a Cristo por la fe. El que es unido a Cristo por la fe es automáticamente parte del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Toda persona salva es llamada a ser siervo de Cristo, como también lo es la Iglesia. Dios, en varias ocasiones, llama a su pueblo "su siervo".

La Iglesia, para cumplir con su tarea, necesita una organización, como ya hemos visto. Esta tarea y la actividad de cumplir con ella también requieren un sostén. Examinemos esta tarea para ver en qué necesita sostén la Iglesia.

La primera tarea de la iglesia es el ministerio de la Palabra. El ministerio de la Palabra es primordialmente un ministerio hacia la iglesia misma. Está en función de la evangelización, pero no es en sí mismo, ni en primer lugar, evangelización. Así nos enseña el apóstol Pablo, en su carta a los *Efesios 4:10-12* donde dice que Cristo, después de la ascensión, dio el ministerio de la Palabra --profetas, evangelistas, pastores y maestros-- "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio". Todos los miembros son "ministros", que tienen que ser instruidos en su fe para cumplir con el ministerio que Cristo mismo les dio.

Esta primera tarea precisa de personas capacitadas y especializadas para su realización. Pedro, en su segunda carta (*3:15- 16*), hace una advertencia a la iglesia sobre "los indoctos e inconstantes" que "tuercen" las epístolas de Pablo "como también las otras Escrituras". A esta advertencia sigue otra, en que habla del peligro de los falsos maestros (*cap.3*). Los consejos de Pablo a Timoteo, en sus dos cartas, van por el mismo camino. Por ejemplo, en el capítulo 4 de su primera carta, después de hablar, en los primeros versículos, del peligro de la apostasía, del versículo 6 hasta el final del capítulo habla de la importancia de la obra "expositiva" de Timoteo (ya que la palabra traducida "enseñas" puede entenderse así). Timoteo tiene que especializarse en "la lectura, la exhortación, y la enseñanza" (*v.13*). En la segunda carta Pablo dice a Timoteo que tiene que trabajar como un trabajador que tiene que presentarse a Dios como obrero que no tiene de qué avergonzarse (porque) usa bien la palabra de verdad (*II Tim 2:15*). La palabra "usa" literalmente quiere decir "cortar recto". El capítulo que sigue, el tres, habla del peligro de desviaciones en la doctrina y termina con los versículos que hablan de la inspiración de las Escrituras. En el capítulo cuatro, Pablo vuelve a la exhortación, esta vez con fuertes palabras "te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo..." (*4:1*) "que prediques la Palabra . . . porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina", etc. (*4:3*). En lo que

Pablo insistía que era el trabajo principal de Timoteo (y se supone, de todo ministro de la Palabra) era la predicación de la sana doctrina.

De esto podemos deducir que cada iglesia local tiene que sostener la predicación de la Palabra, o, más bien, a aquellos que lo hacen, y aun a los que se están preparando para hacerlo. Pablo lo dice con fuerza y claridad en *I Corintios 9:1-14* (cf. *II Corintios 11:8-9*). En *Hechos 20:34*, Pablo dice a los ancianos de Éfeso que sus manos los sostuvieron a él "y a los que están conmigo", siendo ellos, seguramente, Timoteo y los otros "estudiantes" de Pablo. Pablo, obviamente, pensaba que ellos, aunque estuvieran todavía en preparación, deben ser sostenidos, aun si él mismo tuviera que trabajar para hacerlo. En *Gálatas 6:6* encontramos otra manera para decir que las iglesias deben sostener a su pastor, y en *Filipenses* Pablo da acuse de recibo de unos dineros (*4:14-17*) para seguir en su ministerio.

Toda la actividad de la iglesia debe girar alrededor de la tarea de proclamar y enseñar la Palabra. Hay otros gastos que se relacionan con esta tarea, y que no son para el sostén del obrero. Sobre todo, en nuestra cultura el edificio es uno de estos gastos, como también lo es la publicación de materiales para la enseñanza de la Palabra. Algunos dicen que las iglesias primitivas funcionaron sin "templos"; más bien, afirman aquellos que lo dicen, que hacían las reuniones en casas particulares, y citan los casos de Filemón y Cornelio. Pero estos dos eran de amplios recursos y seguramente tenían en su propiedad un auditorio grande que se convirtió en "templo". En Éfeso Pablo usó la "escuela" de Tiranno (*Hechos 19:9*), donde se juntaba "harta gente". La palabra "skolé", raíz de nuestra palabra "escuela", señalaba un auditorio público donde los maestros daban sus conferencias, algunos muy amplios. La verdad es que el cristianismo no tiene "templos" en el sentido pagano, ni aun judío, sino lugares adecuados para predicar y enseñar, igual que nosotros; tampoco tenemos "templo" en el sentido pagano o judío, sino un lugar adecuado para la predicación y la enseñanza. No tenemos "lugares santos"; el tener un "lugar santo" es una equivocación romanista y/o pagana, contra la cual debemos guardarnos. Pero, en nuestra cultura y en nuestro tiempo, necesitamos un lugar para la predicación y para enseñar. Este lugar puede ser una escuela, una fábrica, un auditorio, una casa particular o un edificio construido para este propósito. Una iglesia local tiene que pensar en su "templo", no como un templo, sino como un instrumento para realizar su tarea.

El ministerio de la Palabra tiene como su propósito instruir a los miembros de la iglesia en su tarea, que es la evangelización de todo el mundo. La evangelización requiere un sostén económico, sea la evangelización la de anunciar el evangelio a los vecinos o enviar misioneros a otras partes. Para esto está la iglesia. Ya hemos visto como Pablo "despojaba" a otras iglesias para predicar en Corinto, y como dijo que los Filipenses participaban en su obra por medio de su donativo.

Podemos resumir diciendo que estos son solamente algunos ejemplos de la tarea de la iglesia local, y que esta tarea exige que las iglesias locales sean sostenidas económicamente por sí mismas, en cumplimiento de su tarea.

II. LAS VARIAS FORMAS DE SOSTENER A UNA IGLESIA

Durante la historia de la iglesia, y en la actualidad, encontramos muy distintas maneras para sostener una iglesia local. No debemos creer que todas las formas son igualmente válidas, ni que esto sea un asunto de poca importancia. El asunto es importante y la Biblia da pautas que nos enseñan que no todas las formas de sostenimiento de las iglesias locales son legítimas.

En algunos lugares el gobierno, el estado, sostiene a las iglesias. No siempre sostiene a todas; en muchos lugares el gobierno ayuda solamente a la iglesia del estado. En otros cada denominación puede recibir ayuda de acuerdo con el número de creyentes en esta denominación y el monto de los impuestos que pagan. En estos países, el gobierno cobra un porcentaje de los impuestos

sobre la renta para el sostenimiento de las iglesias. El que paga sus impuestos puede indicar a cual denominación van sus impuestos. Pero tiene que contribuir al sostenimiento de su iglesia.

La separación de la iglesia y el estado fue un punto importante en la reforma religiosa del siglo XVI. Especialmente los de la "reforma radical" abogaban por la separación, aun en asuntos de sostén y financiamiento. No creían en una iglesia "establecida". Esto nos parece muy correcto y normal, pero a muchos no les parece así. Hasta el día de hoy, hay iglesias establecidas en Inglaterra, Italia, España, Holanda, los países escandinavos, algunos países latinoamericanos, y muchos otros. Aunque hay en muchos de estos países libertad religiosa, el estado contribuye mayoritariamente al sostén de las iglesias "establecidas". La libertad religiosa en algunos de estos países es casi completa y en otros relativa, pero siempre hay ciertas preferencia para la iglesia "establecida". En cuanto a crecimiento, evangelización y actividad, sin embargo, el ser iglesia "establecida" no parece ser gran ventaja.

En algunos otros lugares, sin que haya una iglesia "establecida", los gobiernos dan preferencia a ciertas iglesias, casi siempre por razones políticas. Esta preferencia se ve en el otorgamiento de concesiones, reconocimiento e influencia. A veces tiene que ver con el mantenimiento de propiedades, con el conseguir permisos, etc. En estas situaciones, aun los que estamos convencidos de la postura de la "reforma radical", encontramos muy fuerte la tentación y acabamos vendiendo nuestra libertad y testimonio por ventajas.

Otra manera muy usada para sostener las iglesias es la del negocio. La iglesia entra en negocios, a veces en un nivel bajo, como en ferias, kermeses, etc.; a veces en un alto nivel, en la compra y manejo de propiedades y empresas. Este era el caso en México antes de la constitución de 1857. La Iglesia romana era dueña de un importante porcentaje de los terrenos del país. Por supuesto, no tuvo problemas para su sostén; pero sí en su vida espiritual. Pero, hay iglesias evangélicas que también buscan los negocios para financiar las iglesias. Las hay que lo hacen en escalas muy pequeñas y otras que lo hacen en grande escala, que son dueñas de importantes compañías. La idea de hacerlo es muy tentadora y algunas iglesias se sostienen por su cartera de acciones y valores.

También hay iglesias que son mantenidas por un patrón. A veces un empresario decide que quiere una iglesia en un lugar, y está dispuesto a sufragar los costos para convertir su deseo en realidad. En unos lugares el dueño de la hacienda sostiene una iglesia para su familia y para los criados o empleados de la hacienda. Esto ha pasado en la historia de nuestro país. En la historia de las misiones se dan casos de compañías comerciales, sobre todo de los holandeses e ingleses, que junto con el desarrollo de su compañía se iniciaron iglesias para sus empleados y, ocasionalmente, como una forma de obra misionera. Algunos de estos patrones eran sinceros; pero la iglesia en estos casos es propiedad del patrón y nunca va contrariamente a sus deseos. Las iglesias que son sostenidas en esta forma nunca tiene problemas de sostenimiento; pero sí provocan otros tipos de problemas. Esta manera de proveer económicamente para la iglesia es la razón de la mucha crítica que hay de que la iglesia siempre apoye a los patrones.

El método de sostenimiento de la iglesia que pensamos que es el recomendado por la Biblia es el sostenimiento por las ofrendas y diezmos de los mismos miembros de la iglesia. Creemos que este es el modelo que la Biblia misma nos presenta y que debemos estudiar en detalle. Este tendrá que ser el tema de la próxima lección.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio núm. 14

Lectura bíblica: Deuteronomio 14:1-29; Malaquías 3:6-12

INTRODUCCIÓN

En la lección anterior concluimos que la iglesia local no debe ser sostenida por medios mercantiles --kermesses, rifas, ferias, propiedades, empresas, inversiones-- sino por los donativos de todos los miembros. Subrayamos "todos" porque no creemos que las iglesias locales se deban sostener por medio de un "patrón" quien, por sus aportaciones, llega a controlar a la iglesia, aun cuando sus intenciones sean puras, ya que la iglesia sostenida de esta manera nunca irá en contra de los deseos del patrón. Cuando el patrón es el estado la situación es más extrema todavía. El estado suele ser el más exigente "patrón" y el menos comprensivo. Notamos que las iglesias sostenidas económicamente en cualquiera de las dos formas mencionadas no tendrán tantos problemas de sostenimiento, pero sí muchos otros problemas, de otras índoles.

En la lección anterior decíamos: "El método de sostenimiento que pensamos ser el recomendado por la Biblia es el sostenimiento por las ofrendas y diezmos de los propios miembros de la iglesia. Creemos que este es el modelo que la Biblia misma nos presenta y que debemos estudiar en detalle."

Esta lección es el primer paso en este "estudio en detalle".

A. EL MODELO ANTIGUO TESTAMENTARIO

Para tener una idea clara de lo que es el modo bíblico del sostén del pueblo de Dios tenemos que hacer un examen en la historia de cómo el pueblo se sostenía (o era sostenido) a través de su historia. Si hacemos esta investigación histórica, encontramos que el sostén básico del pueblo de Dios (como pueblo de Dios y no simplemente como una entidad política) fue el diezmo.

LA HISTORIA PREINSTITUCIONAL DEL DIEZMO

El diezmo en la Biblia, desde el principio, es una práctica religiosa, y no simplemente una manera para financiar proyectos. No se le debe considerar como un impuesto, cobrado para el beneficio público, tal como cobran los gobernantes para sostener los gastos del gobierno. Aunque se dio en términos de las prácticas del tiempo y en analogía con los convenios políticos de su época, el diezmo en la Biblia siempre tuvo que ver con la relación que el pueblo, y la persona, tuvieron con Dios.

No sabemos mucho de las instituciones religiosas antes del éxodo. Pero sí sabemos que el diezmo como relación de pacto con Dios estuvo en vigor desde el tiempo de Abraham (*Génesis 14:20*) y Jacob (*Génesis 28:20*). Los dos ejemplos hacen resaltar el carácter religioso del diezmo. El libro de los Hebreos menciona el caso de Abraham en un contexto cristológico, y el caso de Jacob trata de un voto que Jacob hizo directamente a Dios. Los dos casos merecen estudio, ya que cada uno muestra otro aspecto del significado del diezmo.

El caso de Abraham nos muestra que este patriarca consideraba que su relación con Dios --el pacto-- lo convirtió en mayordomo. Todo lo que hacía, todo lo que ganaba --en trabajo o en guerra-- lo hacía como siervo de Dios. Y como siervo de Dios sabía que él no se pertenecía a sí mismo: todo lo que tenía y todo lo que era lo debía a Dios. El diezmo que entregó a Melquisedec, sacerdote del Altísimo, expresaba su reconocimiento de este hecho. El diezmo,

entonces, no era un asunto financiero, sino una manera de llevar a cabo una relación personal y religiosa, no con Melquisedec, sino por medio de él (ya que aquí Melquisedec es mediador) con el Dios Altísimo.

El caso de Jacob trata de los terrenos de Dios. Jacob, huyendo de su casa, llega a Luz, o por lo menos todavía este lugar se llamaba Luz cuando llegó allí. Aparentemente, en este tiempo, se consideraba que este lugar estaba fuera de los territorios de Jehová, así como los sirios, más tarde, creían que el Dios de Israel era un dios de los montes y no de la llanura y los valles (*I Reyes 20:23-28*). Los cananeos creían en dioses locales. (En *Jueces 1:23-26* leemos una historia interesante sobre esta ciudad; aparentemente un hombre, cuyo nombre no sabemos, pensaba ser importante tener una ciudad con el nombre "Luz".) Jacob cambia el nombre del lugar (Beth-el quiere decir "casa de Dios") y pone una piedra como señal para advertir a los otros viajeros, ya que quedó sorprendido de que Jehová estuviera también en este lugar. Dice: "Ciertamente Jehová está en este lugar y yo no lo sabía". Luego agrega: "¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta de cielo!" En esta ocasión hace votos y dice: "de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para tí."

Jacob reconoce que la tierra es del Señor. Lo del diezmo, como una relación con Dios, seguramente lo aprendió de su padre Isaac, quien lo aprendió de su padre Abraham. Pero la situación no es la misma en que Abraham diezmó. Jacob no viene con ganancia o botín de la guerra; está solo y huyendo. Reconoce que el lugar es del Señor y que no puede escapar de Dios; todos los lugares son de Jehová. En la visión Dios hizo énfasis en el compromiso que hace con Jacob (*Génesis 28:13-15*), que repite la esencia del pacto que concertó con Abraham. Todo esto hace que el diezmo esté dentro del contexto del pacto.

Vemos, entonces, que El diezmo es una relación personal con Dios, dentro del contexto del pacto, que hace que los que están dentro del pacto tengan que reconocerse como siervos (mayordomos) de Dios, y que todos los lugares son de Dios. Antes de ser "institucionalizado", desde el principio, vemos que el diezmo no pone énfasis en lo económico, sino en lo religioso, en la relación del pacto, muy personal, de un ser humano con su Dios. Nosotros, y todo lo que hacemos, somos de Dios; la tierra también, en su totalidad, pertenece a Jehová (*Salmo 24:1*).

B. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL DIEZMO

En su formación e identidad de pueblo, Israel tenía que institucionalizar el diezmo. Es decir, llegó a ser parte de las costumbres, de los hábitos religiosos, de la constitución del pueblo. La constitución de la sociedad incluía la práctica del diezmo; era ley. El proceso de convertir el diezmo en institución empezó cuando Israel salió de Egipto, cuando el pueblo de Dios comenzó a ser nación. En el desierto, en camino a la tierra prometida, apenas iniciado el proceso de "nacionalización" de los Hijos de Israel, Dios, por medio de Moisés, instruyó a su pueblo en la institución del diezmo. Hay ilustraciones de esta instrucción en *Levítico 27:30-34* y *Números 18:21-32*, aunque las más claras instrucciones están en el libro de Deuteronomio, donde Moisés hace resumen de las enseñanzas dadas en el desierto y hace recalcar lo importante. En el capítulo *12:6-12* vemos que la presentación del diezmo (y de las ofrendas) era parte del culto, subrayando el hecho de que lo religioso es primordial. En el capítulo *14:22-29* se hace énfasis en lo "indefectible" del diezmo y se hacen arreglos para que los que viven lejos no usen su lejanía como pretexto para no participar en este aspecto de su relación con Jehová.

En el resto del Antiguo Testamento se da por sentado que esta legislación es normativa. Los profetas exhortan al pueblo a que cumpla con este aspecto del vivir en el pacto. Reprenden al pueblo cuando no cumple, no tanto por desobediencia sino por necedad y falta de juicio. El que no diezma se priva a sí mismo de grandes bendiciones al no practicar fielmente su relación con Dios.

El diezmo como institución ya tiene claros aspectos económicos. La institución religiosa depende de él para su sostenimiento. Los levitas no tenían otra "heredad", solamente los diezmos del pueblo. No cabe duda, la institución de los servicios religiosos es una grande bendición para el pueblo. Dios, al establecer la organización religiosa, lo hace para bendecir a su pueblo. Los levitas, y una familia de ellos como sacerdotes, eran el medio de Dios para cuidar a su pueblo.

Los israelitas entendían mejor esta institución que nosotros. En el mundo en que vivían la institución del diezmo, o algo semejante, era más bien la regla y no la excepción. El arreglo político, religioso y económico de los pueblos empleaba las variantes del diezmo para su sostén.

En los días anteriores a los conceptos modernos del hombre y de la sociedad, era más común pensar en que el ser humano y toda la tierra pertenecía al amo, fuera éste el dios, y, o el gobierno, que muchas veces se tomaba como un dios, como vemos en el caso de la "divinización" del emperador romano. El ciudadano entonces era siervo del amo, como también toda la tierra pertenecía a él. El ciudadano, entonces, le debía todo, pero el amo determinaba el porcentaje que cada uno rendía al gobernador. Más bien, era una concesión en la que el amo permitía que el ciudadano se quedara con algo. Este normalmente fue el arreglo de los reyes. Por eso reclamaba con tanta insistencia Samuel cuando el pueblo de Israel quería un rey "como las otras naciones". Sus argumentos presuponían esta manera de sostenimiento de las instituciones sociales. (Nuestro sistema de impuestos sobre la renta, que deja una parte de nuestras entradas para nuestro propio uso, no es muy diferente.) En este sistema no era difícil entender el arreglo del diezmo como una parte del pacto, el compromiso que se tenía con Dios, y Dios con ellos.

Las condiciones de Jehová eran excesivamente generosas. Dejó el noventa por ciento al siervo, y el diez por ciento no era para el enriquecimiento del amo, pues es imposible hacerle a Dios más rico; sino como un medio de bendición al pueblo. El no pagar los diezmos (tributos) se entendía en aquel entonces como un acto de rebeldía, una "declaración de independencia", un anuncio de que no se necesitaba el favor del amo, ni su protección. El no pagar los diezmos a Dios se entendía de la misma manera. Pero era más serio, porque el no pagar los diezmos era el cortar las relaciones con Dios y despreciar sus bendiciones.

Todo esto es más que una mera curiosidad folklórica para nosotros. La ley, dijo Jesús, tiene que cumplirse. Los arreglos no anulados y no cancelados por su cumplimiento siguen en vigor. Dios nunca anuló el diezmo. Jesús, en los evangelios, habla del diezmo como el arreglo normal. Aprueba aun los extremos del diezmo que practicaban los fariseos (*Mateo 23:23* y *Lucas 11:42*) diciendo que "esto era necesario hacer". El autor a los Hebreos también habla del diezmo como si fuera la práctica normal y da por sentado que los lectores saben cómo funciona.

Las iglesias locales se organizan al modelo de la sinagoga. Muchas de ellas, en el Nuevo Testamento, salieron de la sinagoga. El gobierno de las iglesias locales y la importancia de la congregación (la palabra griega "sinagoga" es "congregación" en latín) vienen de la sinagoga. El leer la Biblia y cantar himnos en los cultos son prácticas traídas de la sinagoga. El sostenimiento de la "institución religiosa", como una bendición al pueblo, también nos llega por vías de la sinagoga. Además tiene una historia y desarrollo mucho más antiguos que la sinagoga. Las iglesias primitivas se sostenían por medio del diezmo, como la manera provista por Dios para sostener los servicios religiosos, en beneficio del pueblo.

Además, como una indicación de la bondad de nuestro Dios, Él mismo usa la relación personal desarrollada por el diezmo como el medio de darnos bendiciones especiales. Dependemos de Él y si diezmando nos hacemos "socios" con Él en el pacto que Él mismo establece con nosotros, lo toma como motivo para bendecirnos con bendiciones especiales, y nos invita a probarlo (*Malaquías 3:10*).

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 15

Lectura bíblica: Malaquías 3:6-12, Nehemías 12:44-13:14

INTRODUCCIÓN

El estudio del diezmo como la manera que Dios usó para sostener la institución religiosa tiene más que un interés folklórico para nosotros. Nos interesa aún más el estudio del pasado para ver si hay en él algunos principios que podamos aplicar en el día de hoy. El estudio de la historia sirve para esto, ya que de ella aprendemos muchas cosas que son aplicables todavía y otras cosas que debemos evitar. El estudio del diezmo en la Biblia tiene este valor; pero más todavía; pues nos revela la provisión de Dios para su pueblo y su buena voluntad para nosotros a fin de que nos vaya bien.

Jesús siempre insistía en el valor de la ley. Sabía que los preceptos de Dios no son pesados ni odiosos, sino una parte de su pacto para con nosotros y una expresión de su bondad. La ley, decía Jesús, tenía que cumplirse. Algunos aspectos de la ley se cumplieron en Jesús y su ministerio. La ley del sacrificio es un ejemplo de ello. Esto, como dijo el mismo Jesús, no anula la ley, sino la establece. Pero, la ley de Jehová es para siempre; ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (*Mateo 5:18*) y es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la Ley (*Lucas 16:17*).

Toda ley que no se cambia, que no se anula, o que no se cumple, queda en pie. Aun las leyes de los hombres quedan en pie "hasta nuevo aviso". La ley del diezmo no ha sido cambiada, anulada ni cumplida. Es el arreglo de Dios, en términos del pacto, para su pueblo, y expresa el convenio especial que Dios ha hecho con sus siervos, los mayordomos que trabajan en su viña. Jesús, en los evangelios, habla del diezmo como un arreglo natural. Lo da por sentado. Aunque critica fuertemente a los Fariseos, aprueba aun los extremos del diezmo que ellos practicaban, diciendo que "esto era necesario hacer". El autor de la carta a los Hebreos también habla del diezmo como si fuera una práctica normal, y da por hecho que los lectores la entienden y que saben cómo funciona.

INSTITUCION CONTINUADA

Tal como hemos notado en varias ocasiones, el modelo para la Iglesia es la sinagoga. Esta institución, levantada por Dios en el tiempo del exilio, sirve para hacer que el pueblo de Dios sea "logocéntrico". Es el patrón de la existencia del pueblo de Dios en "los postreros tiempos". El sacrificio ceremonial que apuntaba hacia Cristo iba a ser cumplido en el verdadero sacrificio, el de Cristo, y el culto, después de este momento, giraría alrededor de la Palabra. Dios condiciona a su pueblo para este nuevo paso estableciendo la sinagoga.

Varias de las prácticas de la sinagoga han dado pauta para el culto cristiano. El cantar himnos, por ejemplo, y la lectura y exposición de la Palabra son prácticas introducidas en el culto a Dios por medio de la sinagoga. Y los reconocemos como normas para el culto verdadero. El gobierno de la Iglesia, el papel de la congregación y la función de los ancianos son formas heredadas de la sinagoga. El sostenimiento de la "institución religiosa" por medio del diezmo también nos llega por medio de la sinagoga. Por medio de la sinagoga hay una continuidad del diezmo desde la anterior hasta la nueva forma de existencia del pueblo de Dios.

RELACIONADOS CON EL DIOS INMUTABLE

Esto hace pertinentes para nosotros las palabras del profeta Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento. En el capítulo 3 de su libro, empezando con el versículo 6, donde hace énfasis en que Jehová no cambia y en que el pueblo debe su existencia a esta inmutabilidad de Dios, habla del diezmo. Si Dios no cambia, no es que solamente no haya cambiado en el pasado, y las promesas y los arreglos del pasado quedan en pie, sino que también que Dios no cambiará en el porvenir. Una de las características de Dios es su inmutabilidad, y si la inmutabilidad es temporal, ya no es inmutabilidad.

En este contexto de inmutabilidad, Malaquías afirma dos cosas con respecto al diezmo. Dice, en primer lugar, que el no pagarlo es "robar" a Dios (3:8-9). En segundo lugar, dice que el pagarlo es fuente de bendición (v.10). Estos dos puntos deben hacernos reflexionar. Sobre todo en relación con el hecho de que Dios no cambia. Las enseñanzas de Malaquías no son nuevas. Ya hemos visto que el diezmo es un reconocimiento de que todo es de Dios así como nosotros mismos somos de Él, y retener para nosotros los que es suyo es robarle. También hemos visto que la institución del diezmo para sostener los servicios religiosos es parte del plan bondadoso de Dios para beneficiar a su pueblo.

BENDICIONES PRÁCTICAS

El hecho de que el diezmo fue institucionalizado para sostener a los nombrados para servir en los oficios religiosos se ve claramente en *II Crónicas 31:2-21*. (Los nombrados eran los levitas, que incluían a los sacerdotes, y éstos últimos se sostenían de los diezmos de los otros levitas), Vemos que la misma práctica quedó en vigor después del exilio, en *Nehemías 12:44-47* y *13:4-14*, (un texto muy interesante en relación con el tema que estamos estudiando). El sostenimiento financiero de la institución religiosa es de gran bendición porque los funcionarios de los cultos no tienen que cobrar sus servicios, y esto es un beneficio grande para los pobres. Dentro de los muchos factores que condujeron a la Iglesia hacia la Reforma religiosa del siglo XVI está el hecho que los sacerdotes (y el alto clero) veían su oficio como una manera para ganar dinero, y a veces los sacerdotes fieles tenían que cobrar sus servicios para vivir. Cobraban misas, bodas, divorcios (que eran buen negocio en la edad media) bautismos, extrema unción, etc., etc. Luther W. Powell, en el libro, *Stewardship in contemporary theology*, (Mayordomía en la teología contemporánea) editado por T. K. Thompson, escribe: "Desde muy temprano en la historia de la Iglesia, los miembros de las iglesias presentaban regalos voluntarios al clero y a la Iglesia al celebrar los sacramentos. Al correr el tiempo, sin embargo, estos regalos voluntarios fueron sustituidos por cuotas que el mismo clero fijaba. La presencia del clero fue necesaria durante las crisis de la vida, y el clero esperaba una "digna" remuneración por sus servicios. Había cuotas para la purificación de las mujeres después de dar a luz. Cobraba una cuota o multa (la diferencia no siempre se aclaraba) a las madres solteras, o a sus padres. Durante la edad media los divorcios fueron muy comunes y el clero recibió buenos premios por su parte en los procedimientos. En 1190, Petrus Cantor escribió: 'Por suficiente dinero, a discreción nuestra, juntamos o separamos a quien queramos'."(pág.92). Hasta los poetas ridiculizaban al clero en la manera en que atendía al rico y descuidaba al pobre en la administración de los servicios religiosos. El sistema de los levitas, el sostenimiento del servicio religioso por medio del diezmo, es preferible.

LOS PRINCIPIOS SUBYACENTES

En el Nuevo Testamento se da por sentada la continuidad de la práctica del diezmo. Ya hemos visto las referencias de Jesús a ello. No da explicaciones detalladas porque en el mundo en que

Él andaba todos ya diezmaban. Era la costumbre aceptada. Jesús trata más bien con los principios subyacentes, de los cuales el diezmar es la aplicación.

El diezmo nos libra de la tiranía de lo material. Jesús dijo que debemos hacernos tesoros en los cielos (*Mateo 6:19-21*), porque donde está nuestro tesoro, ahí está nuestro corazón también. La manera de tener "tesoros en el cielo" es por medio de inversiones en el "Reino de los cielos". La inversión inicial es el diezmo. Es la inversión más difícil; después de diezmar las ofrendas (otro medio de inversión) es relativamente fácil. E invertir por medio de nuestro trabajo y tiempo llega a ser facilísimo. Los que empiezan con el diezmo encuentran mucho gozo en invertir y un interés constante en dónde está la inversión. Una manera magnífica para aumentar el aspecto espiritual de la vida es el diezmar.

EL DIEZMO CONTINUADO EN LA IGLESIA

La iglesia primitiva practicaba el diezmo. Fue después de la "constantinización" de la iglesia, cuando la iglesia, ya en caminos de necesitar una reforma, empezó a depender de otras fuentes: el estado, el comercio, etc. Pero desde el principio la Iglesia Cristiana es diezmera. Alrededor del año 200, Orígenes, en su libro, *Constituciones Apostólicas*, indicó que el diezmo era ya la práctica y la norma para la Iglesia. En otros escritos se menciona el diezmo también, pero el énfasis no está sobre el diezmo, sino en el hecho de que los cristianos no se limitaban al diezmo, ya que, viviendo bajo la gracia, deben exceder esta cantidad. Insistían estos escritores de la época en que la generosidad del cristiano fuera mucho más allá del diezmo.

Hacia el final de la época de la iglesia primitiva, los grandes teólogos como Ambrosio, Agustín y Crisóstomo insistían en el diezmo como la regla y norma para el cristiano.

Por ejemplo, Ambrosio (340-397) escribió "Dios ha reservado la décima para sí mismo; por ende no es legítimo que el hombre retenga lo que Dios guarda para sí. A ti te ha dado las nueve partes, y conserva la décima para Él Mismo. Si no le das a Dios la décima parte, tú no tienes derecho a las nueve."

Agustín de Hipona (354-430), cuyo nombre se oye mencionar entre nosotros, de cuando en cuando, también escribió sobre el diezmo. Dijo "Toma una parte de tus ingresos, solamente una décima si quieres, aunque esto es muy poco, porque sabemos que los fariseos dieron la décima parte (*Lucas 11:42*). ¿Y qué dice el Señor? "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (*Mateo 5:20*). Aquel, cuya justicia debe ser superada por la tuya, dio la décima parte. . . y tú no la das ¿Cómo vas a superar a aquel a quien no igualas?. . . Dios, El que todo da, exige que le regresemos una décima parte: pide diezmos de toda nuestra vida, que se los debemos como una deuda, y quien quiera ofrendar en amor y gratitud, debe hacerlo de las nueve partes restantes, y también dar limosnas de ellas."

Establecida la base bíblica del diezmo, los concilios de iglesias ratificaron la enseñanza bíblica, y hay documentos que dan testimonio de ello. Algunas de las más claras enseñanzas salieron del Concilio de Tours (567), el Concilio de Macón (585), el Concilio de Sevilla (590) y el Concilio de Fricali (791). También estuvo en la "Ley Canónica", adoptada en Inglaterra en 787. Pero ya en estos tiempos la secularización de la Iglesia, su búsqueda por el poder político y económico, y la "constantinización" (su liga con el estado) cambiaron el concepto de la relación de cada ciudadano del Reino de Cristo con su Rey, y se buscaban otros métodos de sostenimiento de la Iglesia. El diezmo deja de ser el nexo íntimo y personal de cada creyente con su Dios, el Dios del Pacto, y la Iglesia deja también el modelo de "sinagoga" (congregación), una reunión del pueblo, de los relacionados con Dios por la fe, que viven en íntima relación con Él en toda su vida, practicando el diezmo como una parte importante de esta comunión.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 16

Lectura bíblica: Efesios 4:1-16 (v.12)

INTRODUCCIÓN

Hemos estudiado varios aspectos de la Iglesia. Hemos investigado su naturaleza, su organización, su membresía, su función y, últimamente, su sostenimiento. Ahora nos preguntamos, ¿Todo esto, en función de qué?" En esta lección queremos hablar del ministerio DE la iglesia local. La palabra "de" está en mayúsculas y subrayada porque no vamos a hablar del ministerio en la iglesia local; ya hemos estudiado este tema. Ahora vamos a dirigir nuestra atención al ministerio que la iglesia local tiene.

La enseñanza bíblica sobre la iglesia gira alrededor de dos puntos claves: El Señor de la Iglesia y la naturaleza celestial de su pueblo terrenal. Los dos puntos están relacionados. El Señor de la Iglesia la dota con su verdadera naturaleza. La iglesia es lo que es porque así la hizo el Señor, quien la redimió.

La estructura y función de la iglesia, entonces, son teocéntricas (o, más bien, "mesianocéntricas"). La iglesia local no es simplemente otra organización voluntaria más, formada para los fines que los organizadores piensen legítimos y de provecho, sino que la iglesia es la asamblea de los llamados, de acuerdo con la soberana voluntad de Dios, y queda bajo su gobierno. Es Dios quien determina el reglamento, las metas, los propósitos y las formas del ministerio de la iglesia local.

LAS METAS DE LA IGLESIA LOCAL

¿Cuál es el propósito del Señor al llamar a su pueblo? En las Escrituras encontramos que este propósito es triple. Lo primero en el llamamiento de la iglesia es su orientación hacia Dios. La Iglesia --y cada iglesia local-- es llamada a adorar, a ser una comunidad de adoración. Dios mismo llama a la iglesia para rendirle culto a Él. El rendirle culto es el principal propósito de la iglesia.

En la Iglesia se cumple la tarea de toda la creación: todo fue creado para glorificar y alabar a Dios. El mandamiento de rendirle culto a Dios es para toda la humanidad, y la iglesia local es donde se cumple. La iglesia local, en este sentido, es la asamblea de los ciudadanos del Reino de Cristo, reunidos para rendir culto a su Dios, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. El principio organizador del ministerio de Pablo fue el que los gentiles también rindieran culto a Dios (*Romanos 15:8-16*) Los Salmos dan elocuente testimonio de este llamamiento. No es sin razón que en la iglesia normalmente se inicia los cultos con un "llamamiento de adoración" leyendo uno de los Salmos. Ya que la iglesia local está reunida ante Dios, llamada a rendirle culto. El ministerio doxológico de la iglesia local debe estar preeminente en sus actividades. El propósito principal de la iglesia es glorificar a Dios; todas sus actividades deben tener este enfoque, y el culto mismo, como adoración a Dios, debe darle esta orientación.

El segundo aspecto del ministerio de la iglesia local es dar servicio a los santos. Por supuesto, no hablamos de rendir culto a los "santos"; sino de cumplir con un ministerio para los creyentes. Una de las deudas más profundas de la iglesia es para con sus propios miembros. El servicio lo rinde a Dios, pero a favor de su pueblo.

Un pre-requisito para este ministerio es el ministerio de la Palabra. Ya hemos hablado de esto en lecciones anteriores, y aquí solamente lo mencionamos para estimular la memoria. Según el

modelo bíblico, la predicación y la enseñanza en la iglesia son principalmente para el crecimiento espiritual de la membresía. Como se puede notar en *Efesios 4*, el ministerio de la Palabra, en todos sus aspectos --profetas, pastores, evangelistas y maestros- tiene por fin el "perfeccionar a los santos para la obra del ministerio" (v.12). El ministerio de la iglesia depende del ministerio de la Palabra para la iglesia. Los que ministran a la iglesia hacen posible que la iglesia cumpla con su ministerio.

El ministerio de la iglesia depende de la organización de la iglesia y de las organizaciones de la iglesia. La escuela dominical, por ejemplo, es de suma importancia para la edificación de la iglesia, por medio de la enseñanza de la Palabra y de investigar sus aplicaciones en la vida de cada cristiano. La escuela dominical es parte del ministerio de la iglesia hacia sí misma. De la misma manera los coros son una función ministerial: desarrollan capacidades particulares en sus miembros y adiestran a la iglesia en la adoración. Los coros nunca deben pensar de sí mismos como mero entretenimiento (aunque entretener también tiene su lugar en el ministerio de la iglesia hacia la iglesia, como también lo tiene la vida social); sino como un ministerio hacia los santos. Lo mismo podemos decir en cuanto a la sociedad femenil, las sociedades de jóvenes, la sociedad de matrimonios. Los edecanes también caben dentro del ministerio de la iglesia a la iglesia.

Estas organizaciones tienen que desarrollar estructuras de ministerio mutuo, esto es lo que en otras ocasiones hemos llamado el "pastorearse a sí misma". Cada organización debe "pastorearse". Es decir, tiene que buscar el bien espiritual no solamente de la organización, sino también de cada miembro. Este es uno de los deberes de la mesa directiva. Cada sociedad de la iglesia local debe organizarse, con sus respectivas comisiones, para dar la atención que éste necesita a cada miembro. Las distintas sociedades de la iglesia deben procurar el crecimiento espiritual de sus miembros y buscar para todos las experiencias de hermandad, consolación, aliento, admonición mutua y disciplina, elementos necesarios para la madurez espiritual que anhelamos para cada miembro.

Por eso, todos los miembros de la iglesia local deben buscar participación en una sociedad de la iglesia. Muchos hoy en día no hablan tanto de "sociedades" u "organizaciones" en la iglesia, sino de "grupos pequeños" o "grupos de compañerismo". Estos grupos pueden ser cuerpos organizados, como la sociedad femenil, o grupos con un propósito especial, como los coros. Puede ser que un interés especial de la razón de existir de un grupo, como la sociedad de matrimonios. Los grupos de estudio, en la iglesia o centros de estudio bíblico en las casas, cumplen con este fin. Las sociedades de jóvenes, más formalmente parte del programa de la iglesia, también participan de esta actividad en que la iglesia se pastorea a sí misma por medio de "pequeños grupos". Aun grupos con intereses muy especializados --como el boliche u otros deportes, la computación, el estudio de griego-- caben dentro de este programa, como también lo hacen grupos que existen en la iglesia para lograr una actividad o un proyecto, tal como hace los "Embajadores del Rey", por ejemplo, o los edecanes. El grupo "ad hoc" que se organizó para los desayunos en la semana santa es otro ejemplo. Cada miembro de la iglesia debe buscar los grupos que, de acuerdo con su actividad y horario, puedan ministrar mejor a sus necesidades. Si no encuentra uno es aconsejable que haga el intento de formar uno. Los estudios en las casas, o el "compañerismo hogareño, son maneras de hacerlo. El pastor y el consistorio estarán muy dispuestos a ayudar en esto.

Pero, el desarrollo de la madurez no es meramente un asunto individual. Crecer hacia la madurez es algo que involucra a toda la congregación. Toda la comunidad tiene que ver con el crecimiento de cada miembro, y cada miembro con toda la comunidad. La Biblia emplea la metáfora del cuerpo para hablar de la iglesia. Cada miembro del cuerpo crece de acuerdo con el crecimiento del cuerpo entero. La madurez no llega de la noche a la mañana; requiere tiempo y esfuerzo. Todo crecimiento implica disciplina y lucha; prueba y tensión son parte del proceso. Nos resistimos y somos resistentes para efectuar el crecimiento en madurez.

En esto vemos que la participación en estos grupos no anula la obligación de los miembros de vivir en amor y consuelo mutuos; sino más bien es una manera práctica para cumplir con ella. Las muchas exhortaciones de la Biblia con referencia a esto no deben descuidarse, sino deben ponerse en práctica en actividades concretas. Una iglesia local es fuerte y activa de acuerdo con el número y actividad de los "grupos pequeños" que en ella trabajan. Y este es un aspecto importante del ministerio de la iglesia hacia los santos.

Un tercer aspecto del ministerio de la iglesia local es su ministerio hacia el mundo. Muchas veces llamamos a este aspecto "evangelización" o "misiones". La Biblia más bien lo llama "testificar". Cristo dice que los cristianos serán sus testigos. Cada iglesia local es, a la vez, una ciudad fundada sobre una montaña, que atrae a las naciones, y un ejército de embajadores que llevan las buenas noticias a todo el mundo (*Lucas 24:47-48; Hechos 5:32; Filipenses 2:14-16; Mateo 28:18-20*).

Las distintas facetas del ministerio son aspectos de un solo ministerio, de un solo llamamiento. Esto hace que las distintas actividades cumplan con los varios fines. Una organización para promover la obra misionera es también alabanza a Dios y ministerio a los santos; no es necesario sacrificar una actividad para cumplir con los fines de otra. Las varias actividades se compaginan bien.

Un testigo debe ser oído. El testigo que no se hace oír no llega a ser testigo. La iglesia local debe buscar medios para que el mundo oiga su voz. O, si cambiamos el punto de referencia, la iglesia local debe hacerse visible. La visibilidad de la iglesia local es una parte significativa de su ministerio al mundo. Una iglesia local "invisible" no será muy eficaz en la evangelización.

La iglesia, cuya naturaleza es invisible, o sea, visible sólo a Dios, ya que solamente Él sabe quién es de la iglesia y quien no, se hace visible por medio de sus actividades y organización. Y siempre, si es iglesia de veras, lo hace. Los cultos públicos son parte de su visibilidad, como lo es también su lugar de actividades, o sea, su "templo". Por eso tenemos que preocuparnos por la impresión que nuestros cultos dejen en el mundo --la puntualidad para iniciarlos es parte de esta "visibilidad"-- y también por la que dejan nuestros edificios. Nuestra alabanza, nuestros himnos, nuestro escuchar en silencio a la Palabra, nuestra devoción en la oración son testimonio para los que nos vean... y debemos hacer esfuerzos a fin de que nos vean. También la limpieza y el buen orden en el templo son parte de nuestro culto y un testimonio al mundo. Hasta nuestra manera de vestirnos y saludarnos es parte de nuestra visibilidad; y más aún nuestra manera de saludar y recibir a los que nos visitan.

Un aspecto de nuestra visibilidad es el impacto que dejamos en nuestra comunidad. Tenemos que esforzarnos por dejar impacto en la comunidad. Es parte del ministerio de la iglesia hacia el mundo y es nuestra obligación hacia él. Los programas de los coros, el congreso de la juventud, los desayunos para nuestros vecinos, y el coloquio sobre la familia, que ya realizamos en este año, y el foro, que está en camino, son intentos de hacer esto. Son intentos débiles, pero son una expresión de que llevamos en nuestra conciencia esta obligación.

Nos conviene buscar la sabiduría de Dios en esta empresa. Tenemos que conocer bien nuestra cultura y nuestros tiempos. Simplemente estar a favor de misiones y ayudar algún grupo pequeño no nos excusa; puede ser una mala mayordomía, un mal empleo de fondos, tiempo y esfuerzo. Es nuestro deber ser eficaces y eficientes en este asunto.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm. 17

Lectura bíblica: Efesios 4:1-16

INTRODUCCIÓN

En la lección pasada empezamos a estudiar el ministerio de la Iglesia. Notamos que Pablo, escribiendo a la iglesia local en Éfeso --y por medio de ella a todas las iglesias locales-- dice que el ministerio de la Palabra en la Iglesia tiene como propósito preparar ("perfeccionar", dice el texto) a los santos para el ministerio. Los santos son los creyentes de las iglesias locales. Todos los que somos verdaderos creyentes somos santos. Ellos tienen que llevar a cabo el ministerio de la Iglesia. Por medio de ellos la iglesia local cumple su ministerio.

En la lección pasada hablamos de las metas del ministerio de la iglesia local. Notamos que el ministerio de cada iglesia local tiene tres orientaciones: hacia Dios, hacia sí misma, y hacia el mundo. En esta lección queremos hablar de cómo podemos realizar nuestro ministerio. Esta lección, entonces, trata de:

LOS MEDIOS DEL MINISTERIO DE LA IGLESIA LOCAL

¿Cómo vamos a cumplir con nuestro ministerio? ¿Qué tenemos a nuestra disposición para hacer la tarea? Se nos presentan en el Nuevo Testamento, por lo menos, tres medios que emplear en el cumplimiento de nuestro quehacer. Son el ministerio de la Palabra; el ministerio de orden, y el ministerio de misericordia.

EL MINISTERIO DE LA PALABRA COMO MINISTERIO DE LA IGLESIA LOCAL

Según nuestra experiencia y la enseñanza del Nuevo Testamento, el ministerio de la Palabra es una tarea especializada. Requiere personas con dones especiales y la debida preparación para hacerlo. Aun el Nuevo Testamento hace provisión para los que se dedican a la predicación. ¡Cuidado! dice Pablo a Timoteo, no ordenes a cualquiera, para no ser participe en su pecado (*I Timoteo 5:22*). "Imponer las manos", en este contexto, quiere decir ordenar, como vemos de *I Timoteo 4:14* y *II Timoteo 1:6* y del énfasis general de las cartas de Pablo a Timoteo, que es sobre la pureza de la predicación en su aspecto doctrinal. Dice, además, que el obrero tiene que ser ducho para emplear la Palabra de Verdad (*II Timoteo 2:15*). ¿Cómo, entonces, podemos decir que el ministerio de la Palabra es tarea de la Iglesia?

El ministerio de la Palabra es la responsabilidad de la Iglesia. Cada iglesia local tiene que sostener este ministerio. El predicador que habla en nombre de Dios, también habla en nombre de la iglesia. El llamamiento del candidato al ministerio es confirmado por la iglesia local. Por esta razón, en muchas iglesias presbiterianas, en las distintas partes del mundo, no se ordena a los ministros de la Palabra a menos que tengan un llamamiento al ministerio de una iglesia local, aunque su ministerio sea más amplio o más especializado que la iglesia local. Es la iglesia local la que da la confirmación final al llamamiento al ministerio de la Palabra.

Cada miembro está involucrado en la predicación. Cuando invita a un amigo, un pariente, un vecino o un colega al culto, él está personalmente implicado en la predicación. Cuando llevamos una persona al culto, el que predica lo hace en nuestro nombre. Cada miembro habla con su invitado por medio del predicador. El mensaje del predicador es el mensaje que queremos dar a

nuestro invitado; la manera en que lo hacemos es por medio del que es llamado por Dios para hacerlo. Por eso tenemos que cuidar tanto del púlpito de nuestra iglesia; queremos que los mensajes sean de veras el mensaje de la Palabra de Dios, porque sabemos que solamente esta Palabra puede ser redentivamente eficaz para el que invitamos.

Los ancianos gobernantes de la iglesia tienen una responsabilidad especial en cuanto a la pureza de doctrina. Es su deber, una obligación incumbente en su oficio. Damos gracias a Dios que en nuestra iglesia tenemos ancianos gobernantes que son buenos conocedores de la doctrina bíblica; la pueden enseñar y, lo que es quizá más importante, pueden usar sus conocimientos de la doctrina para cuidar del púlpito y proteger a la iglesia.

La iglesia local tiene que proveer un ministerio de la Palabra para sus miembros, para sus hijos, y para el mundo. Nacemos en la fe por la Palabra, crecemos en la fe por la misma Palabra y maduramos en la fe solamente si la iglesia provee un eficaz ministerio de la Palabra. Cada iglesia con sus ofrendas, su interés, su actividad, y sus oraciones (y especialmente con sus oraciones), sostiene el ministerio de la Palabra.

Se ha dicho, y en la cultura evangélica mexicana se oye con frecuencia, que cada cristiano debe ser un predicador. Esta frase encierra una gran verdad y la frase vale repetirse y vale darle énfasis; pero hay que entenderla correctamente. La predicación es la obligación de cada creyente, pero no es necesario que cada uno lo haga en cultos públicos o en plataformas públicas. De la misma manera que en nuestra cultura empleamos profesores y pedagogos para enseñar a nuestros hijos, ya que no somos todos expertos en las materias que ellos tienen que aprender, así en la cultura evangélica, empleamos (de acuerdo con las instrucciones de la Biblia) predicadores para hacer lo que es nuestro deber asegurar que se haga, pero que no estamos todos capacitados para hacerlo.

Esto no nos da excusa, sin embargo, de no hablar del evangelio. Cada iglesia local, y cada miembro de ella, tienen que dar testimonio. Tenemos que hacerlo en conjunto (tocamos este tema en la lección pasada) como una iglesia local, y la "visibilidad" de la iglesia local es parte de ello; pero también cada uno tiene que hacerlo en lo particular, en su trabajo, su oficina, su escuela y sus contactos sociales. Hacerte transparente, para que tus compañeros y colegas puedan ver que eres cristiano, es parte de tu ministerio de la Palabra. Toda nuestra vida es este ministerio. De hecho, se puede traducir la palabra que la Biblia usa para hablar de la obra evangelística como "chismear"; tenemos que "chismear" el evangelio, meterlo en nuestras conversaciones y hablar del evangelio cuando platicamos del tiempo, de la lluvia, de los impuestos y de la inflación. Cuando pasamos la nota sobre el pecador, también debemos pasar la nota de que Jesús vino a salvar pecadores.

Estas no son las únicas maneras en que las iglesias locales cumplen con su ministerio de la Palabra, pero son importantes. Todas las iglesias locales, y la nuestra también, deben ser más diligentes en el cumplimiento de este ministerio.

EL MINISTERIO DE ORDEN EN LA IGLESIA LOCAL

En este apartado hablamos de que la Palabra, que se oye en la iglesia y que es creída, debe ser puesta por obra. Se habla aquí de las estructuras en la iglesia local, para llevar a cabo las instrucciones de la Palabra. Incluye la organización interna de la iglesia local, pero es más que esto; incluye los reglamentos y procedimientos de la iglesia. Podemos decir que es el conjunto de los "hábitos reglamentados" de una iglesia local. Tenemos fórmulas para la Cena del Señor, el Bautismo (Sacramentos u ordenanzas del Señor) para celebrarlos "decentemente y con orden", como nos instruyó el Apóstol Pablo. Pero también tenemos un orden para recibir miembros, que involucra al consistorio en el proceso, tanto en la enseñanza como en la

recepción. De la misma manera hay procedimientos para elegir las mesas directivas, de cooperar en eventos y de nombrar las comisiones. Todo esto tiene que ver con el "ministerio de orden".

Pablo, en su carta a los *Gálatas* (6:2), dice que tenemos que sobrellevar los unos las cargas de los otros y así cumplir con la ley de Cristo. También tenemos que expresar nuestra bondad y conocimiento amonestándonos los unos a los otros (*Romanos 15:14*). El ministerio de orden en la iglesia local incluye la disciplina. La disciplina no es solamente la admonición y la exclusión de miembros, ni aun la prohibición de cierto comportamiento, sino es el promover la sana vida espiritual de la iglesia local como unidad, y de cada uno de sus miembros en particular. La disciplina en la iglesia no se limita a los actos oficiales llevados a cabo por los oficiales de la iglesia; sino incluye todo el "discipulado" que la organización de la iglesia local efectúa por medio de sus estructuras internas.

El ministerio de orden se hace palpable cuando la iglesia local, en sumisión a la Palabra de Cristo, pone orden a su compañerismo, sus actividades y sus ceremonias. La participación de las distintas sociedades en la vida de la iglesia haciendo de ella una unidad armoniosa más capacitada para realizar las metas de su ministerio es su objetivo. Por medio del ministerio de orden podemos ejercer mejor nuestro ministerio hacia a Dios, hacia los santos y hacia el mundo.

EL MINISTERIO DE MISERICORDIA EN LA IGLESIA LOCAL

El tercer medio para realizar el ministerio de la iglesia local es el ministerio de misericordia. Este ministerio es una función especial de los diáconos, en una forma semejante a la que el ministerio de Palabra es función especial de los predicadores y a la que el ministerio de orden es función especial de los ancianos gobernantes. En cada caso, el ministerio es de la iglesia local pero su ejercicio oficial está concentrado en un oficio, pero nunca se debe olvidar que el ministerio es una responsabilidad de la iglesia y de cada uno de sus miembros. Se ha dicho que el ministerio de la Palabra promueve la *FE*; el ministerio del orden promueve el *AMOR*, y el ministerio de misericordia promueve la *ESPERANZA*.

Los milagros de Jesús eran señales del Reino; eran actos de misericordia. La compasión de Cristo, revelada en ellos, provoca esperanza ya que vemos su poder para vencer los males. Este poder para hacer bien, contra las fuerzas de maldad, es una verdadera indicación de la presencia del Reino. Jesús, el Rey, mandó a sus discípulos a dar comida a los hambrientos, ropa a los que no la tienen, abrigo a los que no tienen casa, y a visitar a los enfermos y encarcelados (con énfasis especial, en aquel entonces, en los creyentes que fueron encarcelados por razón de su fe). Cada vez que la iglesia local cumple en las demandas de su Señor, proclama el Reino de Cristo.

Es fácil entender cómo el ministerio de misericordia cumple con las tres metas del ministerio de la iglesia local: glorifica a Dios, atiende a los santos, y hace visible al mundo el poder salvador de nuestro Rey.

Los métodos de su realización hacen que este ministerio sea condicionado socialmente. Lo que mencionó Jesús son como sugerencias para indicar el camino y estimular nuestra imaginación. Por supuesto, incluye mucho más que el indiscriminado repartimiento de despensas. Posiblemente ni el reparto de dinero y bienes, comida y ropa, sea lo más importante. Seguramente, el trabajar para una sociedad que muestre más justicia, honradez y mejor repartimiento de bienes es parte de este ministerio. La iglesia tiene que aprender de la máxima china que dice que mejor que darle al pobre un pescado es enseñarle a pescar. Sin dejar lo primero tenemos que aprender lo segundo.

Es éste, quizá, el más difícil de los ministerios. Se necesita más discreción, más astucia y más inteligencia. Es un ministerio para ayudar a las gentes a realizar lo que pueden ser en Cristo. Es

combatir las fuerzas que siembran apatía y desesperación. Es proclamar con nuestras acciones y nuestra voz que Jesús es la esperanza del mundo. Es mostrar al mundo (y a nosotros mismos) que siendo amados de Dios, sabemos amar.

LA IGLESIA LOCAL

Estudio Núm.18

Lectura bíblica: Efesios 4:1-16; Romanos 12:3-21

INTRODUCCIÓN

Esta es la tercera lección sobre el ministerio de la iglesia local. Ya hemos hablado de las metas de este ministerio y de sus medios. En esta lección queremos hablar de las bases del ministerio de la iglesia local.

Antes de entrar en este asunto debemos recordar algunos temas que hemos estudiado antes, porque vienen al caso ahora. Cuando hablamos de la iglesia local no siempre la enfocamos desde el mismo punto de vista. La enseñanza bíblica sobre la iglesia es tan rica que la misma Biblia presenta a la iglesia local desde distintas perspectivas. Dos de las principales perspectivas, o metáforas, que la Biblia usa para hablar de la Iglesia son (1) el concepto de cuerpo (la Iglesia es el *CUERPO* de Cristo) y (2) el templo o la *MORADA* de Dios. Pero no son las únicas. También la Biblia habla de la Iglesia como siervo, como la congregación de los fieles, como el pueblo de Dios y como la "columna y baluarte de la Verdad". Y todavía hay más.

Y, además, la Iglesia es todo eso a la vez. No es que sea templo en ciertas ocasiones y cuerpo en otras. No funciona como baluarte en unas épocas y como congregación en otras. Ni es siervo solamente durante algunas horas, pero no en otras. Tenemos que recordar que la Iglesia es todo aquello, todo el tiempo.

En nuestra conceptualización de las enseñanzas bíblicas también usamos términos y analogías para expresar nuestro entendimiento de la Iglesia. Hablamos de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante, de la Iglesia visible y de la invisible, etc. Estos vocablos reflejan nuestra comprensión de los datos bíblicos y, aunque las palabras no son expresiones bíblicas, los conceptos sí lo son, y las verdades son verdades bíblicas. Cuando hablamos de la "catolicidad" y la "unidad" de la Iglesia, afirmamos lo que la Biblia nos revela sobre la Iglesia.

Uno de los enfoques que hemos usado es el de distinguir entre la iglesia como organismo y la iglesia como organización. La distinción es importante porque nos permite enfocar la enseñanza bíblica sobre la iglesia en sus distintos aspectos, para estudiarlos uno por uno. Pero cada iglesia local es organismo y organización, al mismo tiempo. No es una u otra cosa intermitentemente, sino constantemente las dos. Y los dos conceptos nos ayudan a entender la naturaleza y función de la iglesia local. Cuando hablamos de la iglesia local como siervo, como ministro, están involucrados en nuestra conversación los conceptos de la organización y el organismo de la iglesia.

La iglesia como organismo, como cuerpo y como siervo, es llamada al ministerio. La organización que adopta, de acuerdo con los lineamientos bíblicos, está en función de su llamamiento. El concepto de llamamiento es importante para todo ministerio. El autor de la Carta a los *Hebreos* hace énfasis sobre la necesidad del llamamiento para servir (5:4), dónde está hablando del sacerdocio y del llamamiento de nuestro Señor a este oficio; pero podemos notar de *Romanos 10:15*, donde dice que no pueden predicar si no son enviados, que el principio se aplica a todo oficio en el pueblo de Dios. No es el siervo quien toma a su amo sino el amo el que toma a alguien por siervo. La base del ministerio de la iglesia local es su llamamiento; ésta le da todo derecho de ejercerlo.

Algunos cristianos, reaccionando contra el abuso del concepto de oficio en la iglesia local, creen que todo oficio fue abolido con la derogación del sacerdocio del Antiguo Testamento por el cumplimiento de este oficio en Jesucristo. Las iglesias que todavía tienen sacerdotes no entienden las enseñanzas bíblicas en este punto; se quedaron en el Antiguo Testamento. Pero, las que reaccionan contra este error se equivocan al otro extremo cuando suprimen todo oficio en la iglesia local. Cuando Cristo cumplió con el oficio de sacerdote, lejos de abolirlo, hizo lo contrario: lo mantiene vivo en su propia persona y lo extiende a todos los creyentes. Lejos de no haber oficios en la Iglesia de Jesucristo, todos los creyentes son sacerdotes en ella. Cristo es nuestro mediador y sumo sacerdote, y nosotros, unidos a Él, participamos en su ministerio y vocación. La doctrina del sacerdocio de todos los creyentes fue una doctrina de importancia en la Reforma religiosa del siglo XVI y, aunque un poco descuidada, no es menos importante hoy. Y esta doctrina también es parte de la base del ministerio de la iglesia local.

Sin embargo, vale la pena recordar que, aunque tenemos todos los beneficios y prerrogativas del sacerdocio de Cristo, no podemos ser sacerdotes como lo es Él. Ni la Iglesia, su cuerpo, ocupa el lugar de Cristo. El oficio de Cristo es único en la Iglesia. Hay solamente un Mediador entre Dios y el hombre, solamente un sacerdote que ha entrado en la presencia de Dios, que ha penetrado al santuario celestial, y su autoridad y oficio son absolutos. El poder y la autoridad de su sacerdocio son solamente de Él.

No solamente participamos en el oficio de sacerdote. Somos participantes, de la misma manera, de sus oficios de Rey y Profeta. En Cristo todos los creyentes son Profeta, Sacerdote y Rey. No ocupamos su oficio, sino participamos con Él en el oficio. Como cuerpo de Cristo, un organismo vivo, unido con Él, participamos en su propio ministerio, pero el ministerio es suyo.

Bajo el señorío de Cristo somos llamados a participar en su ministerio, y este es el ministerio de la iglesia local; es el ministerio de todos nosotros. Cada uno es llamado a servirle a Él; a su pueblo, los unos a los otros; y al mundo. Todos somos mayordomos, no solamente de nuestros bienes y tiempo, sino también del ministerio confiado a las iglesias locales.

Siendo adoptados como hijos de Dios, por nuestra identificación con el Hijo, como tales tenemos *status*, y somos llamados a servir; esto nos da *función*. Siendo cada iglesia local un conjunto de hijos adoptados, ésta también tiene *status* y *función*. Los hijos adoptados, aunque cada uno tiene el *status* de hijo, nunca funcionan en aislamiento, sino siempre en conjunto con el cuerpo local de Cristo. Su función ha sido denominada "el oficio general de creyente". La frase suena abstracta y vaga, pero su significado es crucial. Quiere decir que cada creyente es llamado a jugar un papel en el trabajo del Reino de Cristo. Cada uno es insustituible, precisamente porque trabaja en conjunto. Ningún otro puede cumplir con este papel, y lleva consigo la autoridad de Cristo para su realización.

Llamamiento (o vocación), en el Nuevo Testamento, está siempre relacionado con los dones que Cristo nos ha dado. Aunque los dones están en personas individuales y particulares, los dones son dados a la iglesia, y en un sentido real son la propiedad de la iglesia. Los dones espirituales no son otorgados para envolverlos en un pañuelo y guardarlos, ni tampoco para el aprovechamiento personal solamente, sino para ser empleados en el contexto del cuerpo, o sea, la iglesia. La esfera del uso de los dones es la esfera de nuestro llamamiento, individualmente dentro de la iglesia local; pero también en cuanto a la iglesia local. Cada iglesia local tiene sus propios dones que constituyen la esfera de su llamamiento. Cada iglesia local tiene su propio llamamiento de acuerdo con los dones que el Señor le ha dado.

Tal como suele ser con las personas así también lo es con las iglesias locales: cada una es individual y no debe imitar a las demás. Hay ciertos principios generales que rigen el comportamiento y el cumplimiento de su tarea, pero cada iglesia local tendrá su propia combinación de dones, la cual designa su área de responsabilidad y su ámbito de servicio. Cada iglesia (como también cada persona) debe buscar y desarrollar sus dones.

Cada cristiano, y cada iglesia local, tienen sus dones para servir al Señor y cumplir con su ministerio. Pablo, en *Romanos 12:3* (cf. v.6) habla de "la gracia que es dada", reconociendo que su ministerio está en relación con sus dones. Al final del versículo habla de la "medida de fe que Dios repartió a cada uno", y en el mismo versículo Pablo nos exhorta a ser sobrio y cuerdo en la evaluación de nuestros dones. Tenemos que saberlos identificar y no jactarnos de ellos, ya que son "dones". Por otro lado, tenemos que reconocerlos; la falsa humildad no es el realismo cristiano que el Señor espera de nosotros. Si Dios nos dio dones, tenemos que confesarlos y usarlos para su servicio. La iglesia local también tiene que descubrir su particular ministerio analizando y apreciando sus dones.

Debemos aclarar aquí que cuando hablamos de "dones", hablamos de lo que solemos llamar "talentos", o sea, capacidades, habilidades, y disposiciones para un cierto tipo de servicio. Pablo habla en *Romanos 12* de la enseñanza, exhortación, misericordia, presidir, repartir, etc., como ejemplo de lo que tiene en mente cuando se alude a los "dones". No debemos confundirlos con los "frutos del Espíritu", que es otra cosa y otra enseñanza. Tampoco debemos pensar en lo que muchos en nuestro día llaman "dones del Espíritu". La Biblia no los llama "dones", aunque nuestras traducciones emplean esta expresión en *I Corintios 12:1* y *14:1*. La palabra en Corintios es *pneumatikoi* y en Romanos es "*carismata* (igual que en *I Corintios 7:7*). Los "carismáticos", dentro de otros errores, identifican mal los *carismata* (dones) y ponen en su lugar los *pneumatikoi* ("espiritualidades" o "soplos").

Los dones espirituales pueden ser talentos naturales. Las habilidades musicales son un buen ejemplo de ello. Pero hay muchos más, como ya hemos notado; el "don" de la enseñanza y de la exhortación son otros ejemplos. En cada iglesia local hay una riqueza de dones; hay que identificarlos y emplearlos. Cuando conscientemente servimos al Señor, esforzándonos para hacer su voluntad, nos enteramos de los dones que Dios nos ha dado. La iglesia local que conscientemente sirve al Señor descubrirá una amplia variedad de dones y las correspondientes oportunidades para emplearlos.

Tenemos que poner las cosas en orden. Primeramente tenemos que descubrir los dones. Muchas veces queremos cierto empleo de dones, ciertas posiciones en la iglesia, sin saber cuáles son nuestros dones. A veces una iglesia quiere ser como otra iglesia, sin que tenga los dones de la otra iglesia; pero la otra iglesia no tendrá los dones de la primera. Aunque quisiéramos servir a Dios, edificar al hermano y beneficiar al mundo dando magníficos conciertos de piano, si no tenemos el don de la música, nuestros fervientes y espirituales deseos nunca se va a realizar. Como iglesia también tenemos que descubrir nuestros dones en el servicio y no primeramente en el deseo.

La reflexión en una atmósfera de oración, pidiendo a Dios que Él Mismo nos ilumine, la conversación con amigos, el trabajar en equipo, el éxito en los proyectos que hacemos en la iglesia: todo ello nos puede ayudar a descubrir nuestros dones, personales y como iglesia. A veces la simple observación nos dará la pista; pero es en el servicio donde los dones salen a la luz. En el servicio son probados, aprobados y hallados aceptables al Señor. Los siervos del Señor están orientados hacia el trabajo, mantienen a la vista su tarea: han oído la gran comisión y ésta es el principio organizador de su vida. En vista de esta tarea se buscan los dones, y se encontrarán, diferentes quizá de lo que pensaba. Empleando estos dones la iglesia local, y la iglesia "Berith" es una iglesia local, encontrará su ministerio y lo cumplirá, ayudándonos Dios.